



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# "Disquisitio" Damián (3)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

“DISQUISITIO” DAMIÁN (3) .....	3
III. EL PADRE DAMIÁN MISIONERO EN PUNA Y KOHALA (1864-1873).....	4
1.- Hacia el distrito de Puna (5 junio 1864).....	4
2.- Actividad apostólica.....	5
3.- En el distrito de Kohala (marzo 1865 – mayo 1873).....	7
4.- Desarrollo de la Misión.....	8
5.- Encuentro decisivo en la isla de Maui (4 mayo 1873).....	11
IV. EL PADRE DAMIÁN EN LA LEPROSERÍA DE MOLOKAI (1873 – 1889) .....	11
1.- La isla de Molokai.....	12
2.- La lepra en las islas Hawaii .....	12
3.- La leprosería de Molokai antes de la llegada del Padre Damián .....	14
Carta del P. Wendelin Möellers, misionero en Molokai (1888) al R. P. Director del Instituto Damián de Simpelveld.....	19
4.- La obra del P. Damián en Molokai.....	20
a. “Ya estás aquí para toda la vida” .....	20
b. Situación deplorable.....	21
c. Realizaciones materiales.....	22
d. Realizaciones espirituales .....	23
e. El secreto de las realizaciones. ....	25
V. Informe del Padre Damián sobre la Leprosería de Molokai .....	26
1.- Las ventajas de una buena dieta.....	28
2.- Las ventajas de un buen aprovisionamiento de agua.....	29
3.- Las ventajas de buenas viviendas. ....	31
4.- Las ventajas de vestidos limpios y de abrigo.....	32
5.- Los efectos de los ejercicios corporales sobre la lepra y las ventajas que de ellos se siguen para los leprosos. ....	33
6.- La justicia y la ventaja de permitir a ciertos kokuas acompañar a los leprosos en Kalawao. ....	34
7.- La moralidad: sus buenos y malos efectos. ....	36
8.- Las ventajas de un uso juicioso de los medicamentos.....	38
VI. TESTIMONIOS SOBRE LA FISONOMÍA ESPIRITUAL Y LA PERSONALIDAD DEL PADRE DAMIÁN .....	39
A. Extractos de las cartas del P. Damián .....	40
1. A su hermano el P. Pánfilo, Puna, 23 agosto 1864. ....	40
2. Carta a sus padres, Puna, 23 agosto 1864.....	41
3. A su Provincial, Kohala, 18 julio 1866 .....	42
4. A su hermano Pánfilo, Kohala 22 diciembre 1866 .....	42
5. A su hermano Pánfilo, Kohala, 11 enero 1869.....	44
6. A su familia, Kohala, 12 de octubre 1869 .....	44
7. A su hermano Pánfilo, Kohala, 2 septiembre 1870.....	45

## “DISQUISITIO” DAMIÁN (3)

### II.- LAS ISLAS HAWAII (continuación)

#### 5.- Evangelización (continuación)

Tras una estancia de seis meses. Mons. Rouchouze partió para Europa. Tenía la convicción de que esta misión tan rica en promesas, necesitaba urgentemente dinero y nuevos misioneros. Era también urgente construir capillas y escuelas.

Mons. Rouchouze deseaba personalmente convencer a las instancias superiores de Roma lo mismo que a su Superior General de París, Mons. Bonamie (que en 1837 había sucedido al Fundador de la Congregación, el P. Coudrin).

La palabra del Vicario apostólico impresionó en Roma y en París. El consejo central de la Propagación de la Fe puso a su disposición una suma considerable, que le permitió adquirirse un barco. En cuanto a los Superiores de su Congregación, le entregaron 24 misioneros, seis padres, ocho hermanos y diez hermanas.

El navío fue construido en los astilleros de St. Malo (Bretagne). En su bendición solemne (diciembre de 1842) por Mons. Bonamie, recibió el nombre de “José María” (del nombre del Fundador de la Congregación). El 14 de diciembre de 1842, en presencia de una considerable muchedumbre, el navío tomó la ruta hacia las islas Hawaii.

El hombre propone, pero Dios, en sus designios insondables, dispone. El navío jamás llegó a su destino. Apenas se conoce nada sobre la catástrofe. Se sabe que el barco se detuvo en la isla de Sta. Catalina, cerca de las costas brasileñas donde se enterraron dos pasajeros muertos (una hermana y un indígena que también hacía el largo viaje). Pero desde entonces no se supo nada del hermoso barco, su equipaje y sus pasajeros. Se cree comúnmente que el navío pereció cerca del famoso Cabo de Hornos - en el punto sur de América -, donde los vientos fuertes del Suroeste y las fuertes

contracorrientes, hacían la navegación difícil y, a menudo, imposible<sup>26</sup>. Cuando el 21 de enero de 1864 el P. Damián pasó por allí con sus compañeros, conmemoraron esta catástrofe con una santa misa celebrada por el P. Chrétien Willemsen.

Será Mons. Maigret quien continuará la obra de Mons. Rouchouze. Bajo su dirección clarividente el P. Damián comenzaría su apostolado.

### III

## EL PADRE DAMIÁN MISIONERO EN PUNA Y KOHALA (1864-1873)

En cuanto fue revestido de la dignidad sacerdotal, el P. Damián fue designado para el distrito de Puna en la isla grande de Hawái, la "isla de los volcanes" y que representa los dos tercios de la superficie de todo el archipiélago<sup>27</sup>.

### I.- Hacia el distrito de Puna (5 junio 1864)

En un anochecer de comienzos de junio de 1864, Mons. Maigret (que solía instalar él mismo a sus misioneros), llevó al P. Damián con el P. Clemente Evrard, designado para Kohala.

El viaje, a bordo de un pequeño barco, marchaba bien, pero una amenaza de incendio obligó al vapor a dejar sus pasajeros durante dos semanas (y aún más, en el caso del P. Damián) en la isla de Maui. Allí encontraron a los Padres Aubert Bouillon, Gregorio Archambaux, Leonor Fouesnel. Fue con el P. Aubert con quién el P. Damián aprendía el canaca, el mismo Padre le explicaba cómo debía resolver los casos difíciles que se presentaban en el confesonario<sup>28</sup>. Un domingo el P. Damián obtuvo también del P. Aubert permiso de poder evangelizar una cristiandad alejada, y por vez primera el confesar y predicar en lengua canaca. Pero en el intervalo llegó un navío que tomó a bordo al obispo y al P. Clemente. El P. Damián no se desconcertó demasiado, volvió a su labor apostólica. Cuando el vapor reparado estuvo listo, ocho días después de la solemnidad de San Pedro y San Pablo, zarpó finalmente hacia Hawái. El 24 de julio recibió las últimas instrucciones y la bendición de su obispo, con el que ya

---

<sup>26</sup> Otra hipótesis sugiere que el navío hizo escala en las islas Marshall y que los pasajeros fueron masacrados por los indígenas (salvajes). Cf. S. Goovaerts, *Semeurs d'Évangile, Profils picpuciens*, Louvain 1947. p. 48

<sup>27</sup> Ver el artículo de A.G. Dy, *Hawái*, en *Encyclopædia Británica*, 1968, vol. XI, pp. 171-183 (con una bibliografía abundante y bien cuidada) La isla cuenta con montañas cuya altura supera los 4000 metros (Mauna Kea, Mauna Loa); cuenta sobretodo con volcanes, entre ellos el célebre Kilauea, con no menos de mil cráteres (se encuentra al borde del distrito de Puna) y pasaba por ser la morada de la diosa Pelé

<sup>28</sup> Ver: carta del P. Damián al superior general, 1 noviembre 1864, y la carta de Sor Marie-Stanislas Verel al P. W. Vincke, 2 noviembre 1864st

se había encontrado. El 28 de julio en compañía del P. Nicasio Ruault, se dirigió por caminos imposibles hacia el distrito de Puna.

## 2.- Actividad apostólica.

Ya había por fin llegado a la porción de la viña que el Señor le preparó para que la trabajara.

Ya estaba solo junto a sus indígenas, él deberá buscar su propio camino e improvisarse como su propio maestro. No le fue concedido el ser orientado en la disciplina espiritual por compañeros ya avezados y prevenidos. Tendrá que irse superando a sí mismo, totalmente solo o casi así. Fatalmente (si se puede hablar de este modo) un hombre de su temperamento y su fogosidad y que posee una como innata satisfacción por el riesgo, necesitará tiempo y experiencia para perfeccionarse.

Es en Puna donde el P. Damián estrena sus primeras armas. Ahora bien, la situación allí es lamentable. El vasto territorio no contaba más que con 350 católicos, dispersos entre los paganos y los protestantes, de tal modo que las costumbres se habían relajado mucho. No hay ni iglesia, ni escuelas católicas. En definitiva que todo estaba por hacer, o por rehacer. ¿Cómo consagrarse a esta ardua tarea? El joven misionero está convencido que en primer lugar se trata de su propia santidad y fidelidad.

“Si nuestro Buen Pastor se dignara dar a su indigno ministro el celo ardiente de un San Francisco Javier o de un Cura de Ars, cuánta gente habría para bautizar, cuántos ignorantes por instruir, cuántos pecadores a quienes sacar del fango del vicio”<sup>29</sup>

“Si la Providencia hubiera enviado un santo sacerdote como el Cura de Ars, estas ovejas errantes se juntarían pronto. Entre los volcanes de Puna, desearía sobretodo poseer ese puro amor de Dios, ese celo ardiente por la salvación de las almas del que estaba inflamado J. M. Vianney. Mi querido hermano, te suplico que reces y hagas rezar por mí y por mi rebaño”<sup>30</sup>.

El misionero desea primero iglesias, escuelas, reuniones de oración. Allí donde no pueda residir, dejará catequistas, instructores. El indígena comprende pronto que este “Kamiano” (Damián) viene para ofrecerles toda su fuerte y sonriente juventud. A pie o sobre una mula, el misionero visita su inmensa parroquia. Predica, catequiza, bautiza, confiesa, recluta neófitos, administra a los moribundos. Los indígenas le aman y él les ama. “Y yo, por mi parte, les amo mucho, daría a gusto mi vida por ellos como lo hizo nuestro divino Salvador”<sup>31</sup>.

Asocia a los indígenas a sus trabajos: es un medio que permite ganar sus almas. También expone sus necesidades a sus superiores, reclama ayudas

---

<sup>29</sup> Carta al superior general, 1 noviembre 1864

<sup>30</sup> Carta a su hermano, el P. Pánfilo, 23 agosto 1864

<sup>31</sup> En la misma carta.

económicas; en octubre de 1864 pide al Padre Provincial hermanos conversos constructores.

En cuanto llegan los materiales (la madera, por otro lado, se encuentra cercana) se organiza la empresa. Y el misionero hace de albañil y carpintero, se improvisa empresario, arquitecto, pintor. Mientras dirige alegremente su equipo de obreros, toma sobre sí lo más pesado del trabajo. Abre la serie de numerosas capillas de las que, durante toda su vida, será su arquitecto y empresario. Al comienzo no son más que modestas barracas, pero suficientes para los neófitos de Puna. Termina dos, pero ya sueña en erigir otras dos o tres más. El P. Damián considera su apostolado en Puna como un noviciado, pero "de otro modo que el que se practica en Lovaina y en Issy. En lugar de la vida tranquila y reposada, se trata de habituarse a viajar lo mismo por tierra que por mar, a veces a caballo y otras a pie; en lugar de observar estricto silencio, hay que aprender a hablar varias lenguas, con toda clase de personas; en lugar de estar dirigido, él debe dirigir a los otros, y lo más difícil es conservar en medio de mil miserias y preocupaciones, el espíritu de recogimiento y de oración... Estoy muy feliz aquí. Si encuentro en esto muchas privaciones y miserias, Dios se digna también de darme consuelos que nunca había esperado"<sup>32</sup>.

Se sabe instrumento entre las manos de Dios; experimenta también que tiene necesidad de oraciones. "Si Dios no convierte los corazones, el misionero puede hacer cuanto quiera: todos sus esfuerzos son inútiles. Rezad y haced rezar por este pueblo y por su débil pastor. No somos más que instrumentos entre las manos de Dios. De este modo, me gusta considerarme como tal y obrar en consecuencia. Cuántas veces en estos últimos meses, he sido conducido por un guía misterioso hacia pequeñas cabañas fuera de mi camino para reconciliar algún anciano o algún enfermo, antes de que se fueran para el otro mundo. En general, he administrado un gran número de bautismos y Dios, eso espero, me dará aún mucho por hacer"<sup>33</sup>.

Quizás en su celo de joven misionero, el P. Damián haya entonces procedido demasiado fácilmente a la administración del bautismo (algunos de sus compañeros le dieron el nombre de "bautizador"). Quizás también haya resuelto de manera discutible ciertos casos de matrimonios. Pero, a parte de que las instrucciones de Mons. Maigret no eran demasiado precisas y se prestaban a confusión<sup>34</sup>, aún teólogos experimentados se encontraban a veces perplejos ante situaciones complicadas. El matrimonio entre católicos y paganos o protestantes era cosa común, y en este país, el lazo conyugal se rompía fácilmente y a menudo por una nada. El P. Damián mismo reconocería muy pronto la necesidad de trabajar en profundidad y en imponer una preparación más sólida a los catecúmenos<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> Carta al superior general, 1 noviembre 1864.

<sup>33</sup> En la misma carta.

<sup>34</sup> Su sucesor Mons. Koeckemann, lo reconoce explícitamente: carta al P. Damián, 29 abril 1882.

<sup>35</sup> Carta del P. Damián al superior general, 20 diciembre 1866.

El P. Damián guardó el mejor recuerdo de su apostolado en Puna. Amó a su rebaño y fue amado por él. Poseía, física como moralmente, un número de cualidades muy propias para impresionar a los indígenas. Tenía una gran corpulencia, un rostro lleno de salud, una voz sonora que daba armonía a sus palabras en una lengua en que las vocales juegan un gran papel, una relación fácil, una sonrisa llena de bondad y comprensión. A los canacas no les hacía falta tanto para que les cayera simpático.

El P. Damián no permaneció en este puesto más que ocho meses. La mala salud de su vecino, el P. Clemente Evrard será la causa de su partida para Kohala. El P. Clemente, cuya salud estaba muy delicada, se hundía bajo la carga de su distrito que tenía 130 kms. de largo por 50 de ancho y que comprendía la tercera parte de la isla. En ese lugar montañoso, sin otras vías de comunicación que senderos apenas transitables, se necesitaba de todo punto un misionero dotado de una salud de hierro y de una moral a toda prueba.

A comienzos de 1865, el P. Damián tuvo la alegría de volver a ver al P. Clemente, en quién descubrió su mal estado de salud. Le preguntó por la causa de ello. El P. Clemente acabó por revelar sus motivos a su preocupado compañero. Le propuso también el cambio de sus distritos, siempre a condición de que Mons. Maigret consintiera en ello. El P. Damián aceptó inmediatamente y con su compañero escribieron al obispo. Este se apresuró a aprobar el cambio. Al P. Damián no le quedaba más que hacer una visita de despedida de Puna. "Y entonces me fue necesario separarme de mis queridos cristianos. Esta separación me pareció más penosa, más dolorosa que aquella de mis padres, por el cordial afecto que ya sentía por estos queridos neófitos"<sup>36</sup>.

### **3.- En el distrito de Kohala (marzo 1865 – mayo 1873)**

El 19 de marzo de 1865 partió pues para Kohala. Sabía que allí la tarea sería particularmente áspera. Este distrito situado al Noroeste de la isla, muy poco poblado, no contaba más que con 3000 habitantes "en una extensión como la diócesis de Malinas" (es la idea que se hace el P. Damián). De las quince antiguas capillas, todas, excepto una, se habían caído de viejas. Era en las cabañas canacas donde el misionero debía predicar, confesar, bautizar y hasta celebrar la Misa. Sin más tardar se puso a la obra. Su método de apostolado consistía en el amor, tal como Cristo lo prodigó a sus auditorios en Palestina. "Amo mucho a mis pobres canacas, a causa de su sencillez, y hago cuanto puedo por ellos. También, por su parte, ellos me quieren como los hijos quieren a sus padres. Por esta afectividad misma espero convertirles a Dios, porque si aman al sacerdote, amarán fácilmente a Nuestro Señor de quien el sacerdote es ministro"<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> Carta al P Pánfilo, 23 octubre 1865.

<sup>37</sup> Carta a sus padres, 24 octubre 1865

Decidió visitar a menudo sus cristiandades. "Tengo en mi distrito una cristiandad cuyo acceso es difícil. No hay camino para ir allí por tierra, y la mar es extremadamente peligrosa... Como quiero mucho a los cristianos de ese lugar, quise pasar allí el primer domingo de octubre. El sábado la mar estaba bastante tranquila. Muy de mañana, descendí a la playa para tomar una pequeña embarcación canaca; es simplemente un tronco de árbol ahuecado en su interior. Necesité hacer un acto de contrición antes de meterme dentro. Dejando una especie de pequeño puerto que hay allí, fuimos rápidamente hacia dicha cristiandad. De repente el hombre que dirigía gritó y me dijo en canaca: "*Pilikia*"- perecemos. En efecto, nuestra piragua, ancha lo más de un metro, se vuelca boca abajo y comenzamos a nadar. Gracias a Dios que en mi infancia me había ejercitado un poco en ello. Como mis dos remeros no sabían más que yo cómo hacer para dar vuelta a la piragua y sacarla del agua, nos fue necesario volver a puerto nadando con una mano y empujando con la otra nuestra barca llena de agua. Después de muchas congojas y fatigas llegamos al punto de donde habíamos salido"<sup>38</sup>.

Estando en Versalles en 1869, el P. Pánfilo tuvo una entrevista con Mons. Maigret (llegado a Europa para el Concilio Vaticano I). Este le contó que los canacas estaban maravillados de ver a su hermano transportar, del mar a la montaña, vigas de madera que tres o cuatro de ellos apenas podían levantar. Gracias a su constitución de lo más robusta, el P. Damián era capaz de realizar proezas físicas extraordinarias. Cuando un canaca le preguntaba donde se encontraba su residencia, le respondía señalándole la montura de su caballo: "Aquí la tienes".

Bajo el sol de los trópicos, recorre sin cesar su distrito, a pie o a caballo, en canoa, montando un mulo... No existen tan siquiera verdaderas rutas en este país salvaje, y los pequeños senderos desaparecen muy a menudo bajo el bosque de lianas salvajes o terminan ante el muro infranqueable de una roca escarpada.

Ningún obstáculo detiene al misionero. Hay que escalar montañas abruptas. Qué hacer, sino abandonar la montura, izarse siempre más alto y esto a base de pies, de manos y de codos.

#### **4.- Desarrollo de la Misión.**

El P. Damián deseaba evangelizar una cristiandad que era la de más difícil acceso de todo el archipiélago. El sendero que a ella llevaba era de tal modo peligroso que nadie se atrevía a arriesgarse sobre un mulo. En una distancia de veinte kilómetros se encontraban diez barrancos profundamente encajonados, y cada uno presentaba un posterior escarpado de roca que subir. La bestia y el caballero estaban en las últimas. A una media hora para llegar a la iglesia, se encontraba ante un roquedal a pico, de 2000 pies de alto.

---

<sup>38</sup> Carta al superior general, 23 octubre 1865

El P. Damián no empleó más que 45 minutos en escalarlo, cuando el mejor trepador de los pastores protestantes necesitaba dos horas<sup>39</sup>.

Sin embargo, el esfuerzo capital del misionero consistía, ante todo, en aquello que su Provincial, el P. Modesto Favens, llamaba "la edificación de los templos espirituales". Sus instrucciones –su *Carnet íntimo* da algunos esquemas de ellas – trataban de las verdades esenciales y de los deberes del cristiano, aquellos que sus neófitos estaban más inclinados a desobedecer. Eran simples, claros y siempre prácticos.

Para suplir sus obligadas ausencias, formó grupos de catequistas, que presidían las reuniones de los domingos. Escogía entre los cristianos a aquel que le parecía más piadoso, le instruía especialmente, y le colocaba como "jefe de oración" y guía espiritual de la misión. "Hay entre ellos quienes son muy elocuentes en sus alocuciones"<sup>40</sup>.

Como en Puna, también aquí la ausencia de capillas era una de las mayores miserias y de las más urgentes necesidades. El P. Damián lanza a sus superiores una llamada angustiosa. En realidad, él encontraría obreros, y levantaría él mismo los planos de construcción. Pero le falta el dinero para procurarse el material. Vuelve sobre la carga aún a riesgo de impacientar. El padre provincial le refiere al superior general: "El P. Damián es un "*vir desideriorum*" [varón de deseos]. Su visita ha sido tan corta que apenas hemos tenido tiempo para contemplar su noble rostro lleno y resplandeciente de salud. En la carta que le envío hoy, le digo que hay que querer el bien con sobriedad, porque es fácil concebir proyectos para el bien, pero no es tan fácil llevarlos a la práctica, sobretodo cuando se necesita desatar la bolsa"<sup>41</sup>. Encontramos en esta carta el primer juicio de la autoridad sobre el joven misionero de 25 años.

Poco a poco llegan las ayudas por parte de Mons. Maigret, de la madre superiora de las religiosas de los Sagrados Corazones de Honolulu, del padre provincial. Las maderas de tamarindo, de mango, de árbol del pan, se convierten en presa de las hachas y de las sierras. Las vigas se levantan, después la iglesia entera. El P. Damián escribe a la misma reina en persona, para obtener la concesión de un terreno donde construir una iglesia en el distrito de Hamakua (que se encuentra al lado del de Kohala). Obtuvo un terreno de 600 áreas.

Individualmente o por pequeños grupos, el P. Damián engrosaba su rebaño de neófitos. En ciertos pueblos, grupos de cristianos aprovechaban mejor su ministerio, acudían a la oración y manifestaban un fervor admirable. Tenía el consuelo de ver que sus cristianos morían casi todos bien: "en general se muestran muy alegres al recibir los últimos sacramentos"<sup>42</sup>.

---

<sup>39</sup> El P. Damián cuenta ingenuamente esta proeza apostólica a su hermano Pánfilo, carta de marzo (no indica el día) 1865.

<sup>40</sup> Carta al P. Pánfilo, 22 setiembre 1870.

<sup>41</sup> Carta del 11 diciembre 1865

<sup>42</sup> Carta al P. Pánfilo, 22 setiembre 1870

El P. Damián prestaba una atención particular a la educación de la juventud. Era de primera importancia allí donde los niños conocían demasiado pronto los vicios. El misionero sueña con fundar escuelas católicas. Falto de recursos y de maestros, las escuelas católicas en el distrito de Kohala se habían derrumbado. El P. Damián quiere restablecerlas. Multiplica las gestiones y consigue, después de un año de tentativas y recursos, obtener cuatro maestros de escuela católicos<sup>43</sup>.

El P. Damián aspiraba ardientemente tener un compañero. No solamente porque el trabajo que cumplir en Kohala era inmenso ("mi distrito es demasiado grande para un solo sacerdote")<sup>44</sup> sino también porque necesitaba poder confesarse regularmente como hacen los buenos cristianos y como la Regla de la Congregación le pedía. En 1866 el P. Provincial transmite al Padre General la petición del P. Damián de hacer venir a su hermano, el P. Pánfilo. Pero las autoridades destinaron al P. Pánfilo a la enseñanza y le enviaron a la Universidad de Lovaina para conseguir la graduación en teología<sup>45</sup>. En abril de 1869 y para gran alegría de Damián, el P. Gulstan Ropert desembarcó en Kohala. Este padre se mostró inmediatamente un excelente y valeroso compañero de armas. "El P. Gulstan ha llegado para ayudarme a servir mi pequeña parroquia de veinte leguas de larga. Predica ya muy bien en lengua canaca y los indígenas le quieren mucho"<sup>46</sup>. Este Padre llegará un día a ser Vicario Apostólico de las islas Hawaii.

En 1868 una terrible erupción volcánica sacudió la isla de Hawaii. "Nuestra misión acaba de padecer terribles pruebas, tales como jamás se han visto semejantes, causadas por el volcán. Fue hacia el final de Cuaresma. Durante quince días, los terremotos frecuentemente repetidos lo destruían todo. El 2 de abril, hacia las 4 de la tarde hubo un golpe tan violento que todas las construcciones en piedra se movieron y las de madera fueron sacudidas de tal modo que la campanas sonaron ellas solas"<sup>47</sup> Como en la letra del salmo – como lo señala el P. Damián – "las montañas saltaron como carneros y las colinas como corderos". El misionero dio un bello espectáculo de la más generosa entrega, no solo hacia los cristianos, sino también para los demás. Se empleó no solamente en reparar sus capillas y las casas del sacerdote, destruidas en parte o totalmente hundidas, sino que hizo otro tanto reparando las casas de los canacas.

Entre tanto no olvidaba a su querida familia de Tremelo. Tenía un corazón sensible y al menos una vez al año enviaba una carta a sus queridos familiares. En ella muestra su interés por los detalles de la vida cotidiana de todos y cada uno, su deseo de saberlos felices y sobretodo cristianos ejemplares: "Querido padre, qué buena idea ha tenido de preocuparse menos de las cosas de la

---

<sup>43</sup> Carta al superior general, 10 enero 1864.

<sup>44</sup> Carta al superior general, 22 octubre 1865.

<sup>45</sup> El P. Pánfilo irá a Molokai en 1895, después de la muerte del P. Damián. Idealista, hombre de estudios abstractos, teólogo, filólogo, no tenía nada de un hombre de campo y selva, de un misionero. Veinte meses después, sin poder soportarlo más, volvería a Europa.

<sup>46</sup> Carta a los Padres de Lovaina, 11 enero 1869

<sup>47</sup> Carta a los mismos Padres, abril 1868.

tierra para pensar en la eternidad. Este pensamiento ha llevado a la mitad de vuestros hijos hacia el claustro"<sup>48</sup>. Más de una vez se lamenta de no tener noticias de ellos.

Y de inquietarse: "¿Qué les ha sucedido? Desde hace tres años nada suyo he recibido. ¿Están aún en la lista de los vivos?... la causa de mi largo silencio se debe a que no tengo tiempo para escribirles. Durante la Santa Misa y en mis otras oraciones, trato de pensar en todos cada día"<sup>49</sup>.

En todas sus cartas se encuentra la repetición de su felicidad profunda: "En cuanto a mí, me encuentro muy bien y muy feliz en el trabajo que el Señor me ha confiado"<sup>50</sup>.

## 5.- Encuentro decisivo en la isla de Maui (4 mayo 1873)

Si es verdad que "el mañana se prepara hoy", el P. Damián preparó el mañana de Molokai en Puna y Kohala. La hora decisiva llegó el 4 de mayo de 1873. Mons. Maigret iba a consagrar en Wailuku, en la isla de Maui, una gran iglesia obra de seis años de trabajo desarrollado bajo la dirección del P. Leonor Fouesnel. Asistían a la consagración el P. Damián, llegado de prisa de Kohala, así como muchos padres. En una conversación íntima, el obispo les habló de la profunda compasión que le inspiraban los leprosos de Molokai. El P. Damián estaba dispuesto a ir allí lo antes posible. Su pensamiento íntimo: "El recuerdo de haber estado postrado bajo el paño mortuorio el día de mis votos, hace veinticinco años, es lo que me ha hecho desafiar el peligro de contraer la terrible enfermedad, cumpliendo aquí con mi deber y tratando de morir cada día más a mí mismo en Molokai"<sup>51</sup>. El 10 de mayo de 1873, hacia las 11 de la mañana, el vapor "Kilauea" se acercó al desembarcadero de Kalaupapa, llevando a bordo al P. Damián y a su obispo.

## IV

### EL PADRE DAMIÁN EN LA LEPROSERÍA DE MOLOKAI (1873 – 1889)

---

<sup>48</sup> Carta a sus padres , 15 enero 1867.

<sup>49</sup> Carta a sus padres 1872 (sin fecha)

<sup>50</sup> Carta a sus padres 1869 (sin fecha)

<sup>51</sup> Carta a Mons. Koeckemann, 29 octubre 1885, ante las muestras de interés por su enfermedad. [Ya otra vez anterior, el 25 noviembre 1873, había recordado el suceso escribiendo a su hermano Pánfilo con ocasión de su entrada en Molokai: "Habiendo ya estado bajo el paño mortuorio el día de mis votos, creí era mi deber ofrecerme a su Excelencia, que no tuvo la crueldad (como decía él) de ordenar un sacrificio semejante". Cumbres de su vida, entrada en Molokai y contagio de la enfermedad, comprendidas desde su profesión como religioso. Parecería más adecuada esta cita primera (1873) en el lugar de la que el autor ha colocado, la más tardía de 1885 ya referente a su enfermedad. N.T.]

## 1.- La isla de Molokai.

Por su extensión, la isla de Molokai es la quinta del archipiélago; tiene una superficie de 261 millas cuadradas (unos 673 kilómetros cuadrados). A grandes rasgos se asemeja a un pez acostado de lado. Molokai se encuentra en el centro del archipiélago. Su conjunto presenta un enjambre de altas montañas, en la recta costa norte, que descienden hacia el sur de la isla. En el norte se levantan en acantilados gigantescos que llaman "Pali". Los canacas la han llamado "la tierra de los precipicios". La convulsión volcánica que originó estas islas debe haber sido en ella particularmente violenta e irregular; esto se nota en los valles que son más profundos y en los picos que son más numerosos. Sobresaliendo del centro de los acantilados del Norte – que tienen el aspecto de gigantescas fortificaciones de 800 a 1000 metros – se prolonga en el mar una banda triangular de tierra de 26 kilómetros cuadrados. En el centro se levanta el cráter "Kahukoo" que es el punto más elevado de esta península de Makanalua<sup>52</sup>. En esta planicie árida – en contraste con el resto del archipiélago – no se encontraban más que unos viejos árboles (pandano, ricino), algunos manojos de caña que proyectaban su mancha de verdor y de sombra.

No había allí más que dos pueblos, separados por una hora de camino: Kalawao y Kalaupapa, restaurado más tarde para los leprosos por los cuidados del P. Damián. Este segundo poblado, que tenía la ventaja de un mejor desembarcadero, se fue convirtiendo en el más importante y es el solo que subsiste hoy día.

Una vez aparcados sobre este territorio, los leprosos no podían evadirse. Porque por dos lados está cerrado por el mar y por su lado sur tiene la altura casi inaccesible de los "Pali", culminando casi a los 1000 metros. Hay que añadir que en Kalawao, situado hacia el este, el clima era más frío y húmedo que en Kalaupapa, al que protege el cráter Kahukoo contra el viento y la lluvia. Su costa casi inabordable aislaba a Molokai de las otras islas; se comprende que Molokai permaneciera largo tiempo apartada del progreso económico. En 1873 su población no alcanzaba las 2000 almas.

Fue sobre esta península de Kalawao, este promontorio de unos 20 kilómetros cuadrados, aislado del resto de la isla por los "Pali" donde el gobierno aparcó a los leprosos en unos terrenos que compró con este fin.

## 2.- La lepra en las islas Hawaii

Desde el año 1823, el pastor protestante Stewart había llamado la atención del gobierno sobre ciertas enfermedades epidémicas, sobretudo la

---

<sup>52</sup> Nombre primitivo de la península, en tiempo de Damián recibe el nombre de Kalawao, por el lugar en que el gobierno había comprado los primeros terrenos para instalar a los leprosos. Desaparecidas todas las instalaciones de Kalawao, excepto la iglesia de Damián, Sta Filomena, y la protestante de Siloame, se la llama hoy península de Kalaupapa, lugar de la bahía opuesta, donde fueron reuniendo a los enfermos.

elefantiasis<sup>53</sup>. Pero hacia 1850 no había duda de que las enfermedades epidémicas, y en particular el cólera, tomaban una extensión alarmante. Por esto el gobierno procedió en 1850 a la creación de un "Comité de Higiene" (Board of Health). En 1853 el Dr. Hildebrand, cirujano del hospital de la reina en Honolulu, llamó la atención sobre la temible existencia de la lepra de la que una encuesta le había demostrado su carácter contagioso. Sus colegas juzgaron exagerados sus temores. Pero la lepra se convertía en una mancha de aceite. No era ya posible cerrar los ojos. Y tanto más cuanto los extranjeros del archipiélago ya habían dado en la prensa un grito de alarma.

El 3 de enero de 1865 el mismo rey Kamehameha V se conmovió y aprobaba las medidas draconianas tomadas para yugular la espantosa plaga. El decreto real invitaba al ministro del Interior como presidente del BOH, a reservar un terreno para la erección de locales destinados a la reclusión de los leprosos. El BOH estaba autorizado a encerrar allí los enfermos capaces de propagar la plaga. El gobierno entonces adquirió parcelas en la península de la costa norte de la isla de Molokai. Sobre esta vasta costa aislada, a menudo azotada por un viento violento, los leprosos podrían vivir y morir sin peligro de comunicar la enfermedad a las personas sanas.

El mes de junio de 1865 se fundó en Kalihi, cerca de Honolulu, un hospital de observación. Recibiría a todos los enfermos que allí serían atendidos hasta su curación. Los casos más graves, solo los que constituían un peligro de contagio, serían enviados a Molokai. El 6 de enero de 1866 partió el primer convoy de "proscritos". ¿Qué aspecto ofrecía la nueva leprosería? Los indígenas de Kalawao y de Kalaupapa cedieron algunas chozas. Al comienzo no había hospital, ni médico, tampoco enfermero.

Cuando el BOH adquirió el terreno, la dirección pensó que una vez hechos los primeros gastos, los más capaces entre los enfermos cultivarían los campos y que, salvo para los vestidos y la provisión de carne, no habría necesidad de emplear (regular y constantemente) los recursos del Comité. Cruel ilusión. El canaca, tan dulce y apacible por naturaleza, parecía haber perdido todo sentimiento de conmiseración. Los menos enfermos se hacían con todo lo que podían acaparar, saboteaban literalmente la colonia. La borrachera degeneraba rápidamente en verdaderas orgías. Ya en el mes de septiembre de 1866, el primer superintendente, el francés Lepart, incapaz de canalizar la anarquía, informaba al BOH que Honolulu debería enviar urgentemente socorros, porque la colonia de Molokai se veía impotente para asegurar su porvenir. En 1867 el BOH construyó un hospital en Kalaupapa para los casos más graves.

El sucesor de Lepart fue en inglés, Mr. Walsh; más firme y más emprendedor, aportó algunas mejoras a la situación. Instituyó un cuerpo de policía compuesto por maridos de mujeres leprosas. Se levantaron algunas construcciones: un pequeño chalet para Mr. Walsh y su esposa que era

---

<sup>53</sup> Cf. Dr. Dekaiser, *La lèpre aux îles Hawaii*, Bruxelles 1910; R. Yzendoorn, *History*, p 197-200; V. Jourdan, *Le Père Damien De Veuster*, p. 182-195; *Rapport du Comité d'Hygiène 1868*, ("Report of Board of Health 1868"), en R. Yzendoorn, *op.cit....*, p. 198.

enfermera, dormitorios separados para chicos y chicas, una escuela para niños. Pronto una enfermedad acabó con la vida de Mr. Walsh. Su mujer ejerció el cargo de superintendente, estando asistida por un viejo capitán de navío, Kohoohuli. No se entendieron y la anarquía aumentó. A la subida al trono del rey Lunalilo (8 de enero 1873), el nuevo BOH creyó que convendría reforzar la marginación de los enfermos con los medios más enérgicos. Se aportaron algunas mejoras, pero parciales: así se procuró una cama para los más miserables, obligados hasta entonces a estar tendidos sobre planchas o esteras.

El fracaso era demasiado visible, escandaloso. He aquí un hecho que habla por sí solo. Hasta el comienzo del año 1873, sobre 797 leprosos llevados por la fuerza, 311 habían muerto, alrededor de un 40 %. El público de Honolulu comenzaba a conmoverse. Los periódicos sugerían que era deber del rey ir de visita a Molokai, en la esperanza de que ese gesto de simpatía paternal tendría un gran efecto, tanto sobre los desheredados de Molokai como sobre todos los habitantes del reino. El rey no fue a Molokai, pero escribió una carta a los habitantes de la leprosería. Un eminente publicista Walter M. Gibson, escribía en el periódico *Nuhou* el 15 de abril de 1873: "Si un noble sacerdote cristiano, un predicador, una religiosa, tuvieran la inspiración de ir allí y de sacrificar una vida para consolar a esas pobres gentes, sería un alma real, digna de brillar por siempre sobre el trono levantado por el amor humano". El periódico *Hawaiian Gazette*, que el 14 de mayo de 1873 publicó la carta del rey, añadía: "De lo que tienen necesidad los leprosos, ahora, es de un fiel ministro del Evangelio y de un médico, que quieran sacrificarse por el bien de esta desgraciada comunidad".

Había llegado el momento en que iba a aparecer el P. Damián.

### **3.- La leprosería de Molokai antes de la llegada del Padre Damián**

Evidentemente el P. Damián no era el primero en socorrer a los leprosos. Antes de su llegada, la misión católica se esforzó – en la medida de lo posible – en ayudar a los desdichados. En toda el resto de la isla de Molokai, fuera de la leprosería, no había más que pocos católicos: su número podría elevarse a unos doscientos. Vivían diseminados por los valles. Por esta razón y también a causa de la falta de misioneros, no había ningún sacerdote residente en esa época. Dos o tres días al año, un sacerdote venía de las islas Oahu o Maui para administrar los sacramentos en la leprosería. Pero como el número de enfermos aumentaba sin cesar, los misioneros iban allí más a menudo. Así, durante los años 1871 y 1872, permanecieron varias semanas. El padre Aubert Bouillon hasta se había ofrecido a Mons. Maigret para permanecer con los leprosos. Pero el obispo dudaba. Se comprende bien su perplejidad: sabía perfectamente que ese sacerdote se arrojaba, por decirlo así, en los brazos de la muerte.

Antes de 1871, los católicos no tenían iglesias en la isla. El oficio religioso se celebraba en capillas provisionales, hechas con hojas de árboles. Este año

pidieron una capilla más decente. El hermano converso Bertrand fabricó entonces una capilla de madera en Honolulu y fue a montarla a Kalawao. Mientras levantaba su capilla, a menudo los leprosos le decían al hermano: "Habla a "Lui ka Epikopo" (Luis, el Obispo). Dile que si el sacerdote viene a pasar aquí solamente dos semanas al año, tenemos un tiempo bien largo para morirnos entre tanto. Y entonces ¿quién purificará nuestra conciencia?"<sup>55</sup>. En marzo de 1873, el P. Bonifacio Schaeffer fue a la leprosería con el fin de ofrecer a los leprosos la posibilidad de santificar el tiempo de Cuaresma y de celebrar la Pascua. Hubo 90 comuniones. Pero al ser minoría (en mayo de 1871 "sobre trescientos leprosos, cincuenta ya son católicos)<sup>56</sup> y viviendo en un ambiente más que disoluto, los católicos lo tenían muy difícil para perseverar en su fe. Se puede afirmar con toda verdad que la leprosería era un lugar de horror. La palabra de infierno que se le aplicaba, no tenía nada de exagerada.

Molokai, con sus miserias físicas y morales era un contraste agresivo con el resto del archipiélago, aquel "paraíso".

En cuanto enfermedad, la lepra es como el prototipo de las enfermedades más horribles y la que inspira una instintiva y universal repulsa. "La lepra se muestra bajo dos formas diferentes: la lepra tuberculosa y la lepra anestésica. Bajo la primera forma, ocasiona nódulos o tubérculos, normalmente sobre la frente, las mejillas y las orejas. Cuando se rompen esos nódulos, se convierten en llagas leprosas. Lleva a la muerte en un espacio de entre cinco a diez años. La lepra de los nervios ocasiona contracciones y deformidades, el paciente pierde los dedos de manos y pies por falanges, hasta que no le quedan más que muñones de esos miembros. Y lo que es en verdad terrible es que mata lentamente, a veces durante diez o quince años, y aún más"<sup>57</sup>.

La tragedia del leproso consiste en que contemplará en adelante su propia destrucción. Por ejemplo, una úlcera se abre sobre el globo del ojo y el ojo se vacía. Una a una las falanges de los dedos caen o desaparecen. Sucede que una mano o un pie se desprende totalmente. Por otro lado, la lepra da lugar a muchas infecciones mórbidas, sobretodo la tuberculosis.

A medida que el contagio de la lepra se extendía, las órdenes contra los leprosos se volvían más severas. Como las familias rehusaban dejar partir a sus enfermos, la policía tuvo que entregarse a la persecución de los recalcitrantes. Muy pronto la leprosería tuvo la reputación de un lugar de desenfreno y de anarquía. Así, en un lugar apartado, el "Poblado de los locos", vivían reunidos numerosos hombres y jóvenes cuya única preocupación consistía en proporcionarse el máximo de gozos ilícitos con la borrachera, las danzas y los juegos.

---

<sup>55</sup> Carta del Hº Bertrand al superior general, 17 junio 1872.

<sup>56</sup> Carta del P. Modesto Favens (sup. provincial) al superior general, 15 mayo 1871.

<sup>57</sup> *La Lèpre* (sin indicar autor), en *Union du clergé en faveur des missions*, Bruxelles, julio 1928, p. 72.

En la leprosería no había, al menos de una manera estable, ni médico, ni enfermero, ni sacerdote, ni policía, ni trabajo, ni confort. Los leprosos continuaban viviendo en su familia tanto cuanto podían. Sabían muy bien cual sería su suerte en Molokai. Lo más a menudo, había que arrancarles a la fuerza de su hogar. Los médicos de las islas enviados para detectar los casos contagiosos, se hacían acompañar por policías. La consecuencia fue una especie de guerra civil<sup>58</sup>.

En la isla de Kauai, el Dr. Smith y varios agentes del BOH fueron masacrados. En otros lugares, policías fueron heridos mortalmente. El primer médico de la leprosería, el Dr. Emerson estuvo a punto de ser asesinado, también él. Un testigo, el leproso Ambrosio Hutchinson, que vivió medio siglo en la leprosería y ejerció en ella importantes cargos administrativos, da esta descripción realista y cruda: "Al día siguiente de mi llegada vi salir a un leproso con el rostro vendado. Empujaba delante de él una carretilla cargada de andrajos. Le seguí intrigado. Cuando llegó al lugar llamado *Hoopau Keaho* (el agujero en que se muere) hizo bascular su cargamento en la hondonada, y después volvió tranquilamente a su casa. Un grito llegó a mis oídos. Fui a ver y me encontré con un moribundo que agonizaba. Era el que había gritado al dar contra el fondo de la fosa. Indignado denuncié el caso a mis compañeros, que no manifestaron sorpresa alguna porque no les contaba nada nuevo"<sup>59</sup>.

A excepción de algunos ricos, los leprosos que morían en Molokai no tenían ni ataúd ni sepultura. Cuando un enfermo expiraba, de ordinario se le enrollaba en una manta que, con cuerdas, se la sujetaban al cuello, a la cintura y a los pies. El difunto era llevado por dos hombres a su última morada. La fosa en que se le enterraba era tan poco profunda (debido al terreno rocoso) que los cerdos venían a devorar su cadáver. Nadie se extrañará por tanto que los habitantes de la leprosería – que durante largos años permaneció en estado de improvisación pura y simple – se hundieran en la bestialidad y la desesperación.

Sin ley humana, sin ley divina. Estos infortunados estaban dos veces leprosos: en sus cuerpos roídos, en sus almas gangrenadas. Para aturdirse los leprosos bebían un alcohol casi puro ("okolehao") llamado cerveza de "ki". La borrachera favorecía la orgía. En efecto, degeneraba rápidamente en verdaderas orgías, con su consecuencia inevitable de rebeliones, peleas y rapiñas.

Puesto que se trataba a los leprosos como a seres no humanos, se embrutecían. A falta de goces se procuraban los de los animales. Los juegos inmorales y las danzas desnudas se celebraban ante los altares de "Laka", la Venus canaca. Las uniones inmorales se acompañaban con riñas, celos y cantidad de otros excesos.

---

<sup>58</sup> Cf. A. St. M. Mouritz, *The Path of the Destroyer*, p. 72 sgts.

<sup>59</sup> Texto íntegro en *Proc. Suppl. Mechl.* Fol. 292-297; ver también *ibid.* fol.289-292; ver además "la autobiografía" de Hutchinson en A. St. M. Mouritz, *op. cit.* p. 204 sgts

El canaca, tan sensible por naturaleza a las miserias del otro, perdía en Molokai todo sentimiento de conmiseración. Los menos enfermos despojaban a los más enfermos. La impunidad era casi siempre la regla, porque los vigilantes, muy a menudo también ellos leprosos, estaban en connivencia. Se puede preguntar: ¿por qué el gobierno de Honolulu toleró tanto tiempo esta anarquía? Muchos factores pueden explicar este hecho: una información insuficiente, la falta de dinero, no saber qué hacer, hasta la impotencia de un Estado indígena que se sabía codiciado por potencias extranjeras. Sea lo que fuere, esta situación lamentable se mantenía año tras año. El vapor "Lehua" llegaba cada semana a Molokai, y depositaba allí los víveres, con mil precauciones contra el contagio. Transportaba también contingentes regulares de nuevos leprosos. Los médicos, los sacerdotes, los pastores protestantes no residían en la leprosería. Sus visitas continuaban siendo ocasionales. El obispo llegaba para la Confirmación pero a menudo apenas podía encontrar sobre las frentes destrozadas un espacio sano para la unción.

A la llegada del P. Damián, la leprosería ya existía hacía siete años. Durante todo este periodo (1866-1873) el número de internos osciló entre 200 y 400. En 1873, este número se elevó bruscamente a 800, que se mantendría posteriormente a este nivel aproximado, como lo muestra esta tabla estadística<sup>60</sup>:

CIFRAS DE LA POBLACIÓN LEPROSA AL FIN DEL AÑO
-----------------------------------------------

años	entradas	mueartos	hombres	mujeres	total
1873	415	142	515	285	800
1874	78	141	455	266	721
1875	178	149	465	279	744
1876	75	119	432	262	694
1877	122	129	433	251	684
1878	209	111	477	305	782
1879	92	204	414	254	668
1880	51	151	352	216	568
1881	195	129	398	236	634
1882	70	111	369	224	593
1883	300	150	453	290	743
1884	108	150	430	252	682
1885	103	167	422	221	643
1886	43	101	389	191	580
1887	220	111	449	239	688
1888	571	236	643	368	1.011
1889	307	149	722	444	1.166

Esta lista no da más que el número de leprosos. Hay que añadir a ella los empleados de la leprosería, así como las personas sanas que acompañaban a sus parientes leprosos. Su número llegará hasta un centenar. Será pues una parroquia de en torno a un millar de almas la que habrá de servir el P. Damián, durante años de entrega

<sup>60</sup> Cf. A. ST. Mouritz, *The Path of the Destroyer*, p. LXXX: Appendix to the Report on Leprosy of the Presidente of the BOH, Honolulu 1886, sobre todo p. LXXXI.

N.T. La estadística que ahora ofrecemos no se encuentra en esta obra original de la *"Disquisitio"*, que venimos traduciendo. Está tomada de *Annales des Sacrés-Coeurs* 1896, p. 367. Esta es la apreciación del P. **Wendelin Moëllers** cuando ofrece esta estadística total, como aparece en la carta posterior que transcribimos.

Población indígena	Años	Número de leprosos										Gastos por cada dos años en dólares
		En la leprosería			Llegadas			Defunciones			Salidas	
		H	M	T	H	M	T	H	M	T		
58.765	1866				103	38	141			26	10	16.012
	1867			105	57	13	70			25		
	1868			143	76	39	115			28	2	15.562
	1869			228	73	53	126			59	11	
	1870			284	31	26	57			58	4	26.883
	1871			279	128	55	183			51	9	
50.531	1872			402	69	36	105			64	4	26.055
	<b>1873</b>			439	295	192	487			156	21	
	1874	458	289	747	53	38	91			161	6	56.565
	1875	409	262	671	128	84	212			165	14	
	1876	425	279	704	57	39	96	79	43	122	1	58.509
	1877	402	275	677	110	53	163	81	48	129	1	
	1878	431	279	710	136	103	239			147		57.534
	1879			810	82	43	125			209	1	
	1880	432	283	715	34	17	51	98	56	154	6	90.091
	1881	371	235	606	156	76	232	86	46	132		
	1882	441	265	706	53	18	71	93	36	129		85.255
	1883	401	247	648	185	116	102	102	50	152		
44.232	1884	469	315	784	71	37	108	92	75	162	8	97.640
	1885	443	274	717	75	28	103	83	59	142	25	
	1886	452	228	653	33	10	43	63	38	101	5	100000
	1887	390	199	589	136	84	220	73	37	110	1	
	1888	425	246	698	356	217	573	137	81	218	19	107758
	<b>1889</b>	663	371	1034	180	127	307	99	53	152	2	
40.622	1890	742	445	1187	110	74	184	108	50	158		197283
	1891	744	469	1213	82	58	140	124	85	209	2	
	1892	701	441	1142	59	47	106	99	49	148	1	224331
	1893	662	433	1095	129	80	209	101	50	151		
	1894	690	463	1153	78	51	129	105	50	155	3	205900
	1895	660	464	1124	63	42	105	77	51	128	14	21 meses
	1896	633	454	1087								140545
		<b>Total</b>			3198	1894	<b>5092</b>				3806	

H (hombres) - M (mujeres) - T (total) . Las dos fechas en negrita son las de la entrada del Padre Damián en la leprosería (1873) y la de su muerte (1889).

Entre estos **5.092** leprosos llegados a Molokai hasta 1896, había: 4.975 indígenas, 42 blancos, 57 chinos, 18 oceánicos extranjeros.

## Carta del P. Wendelin Möellers, misionero en Molokai (1888) al R. P. Director del Instituto Damián de Simpelveld

V.C.J.S.

Molokai, 9 julio 1896.

Aquí tiene una estadística de nuestra leprosería de Molokai. Le puedo garantizar su exactitud, porque yo mismo he controlado todas las cifras según documentos auténticos de la administración.

Como puede constatar por la lectura de la primera columna, el censo de la población hawaiana se hace todos los seis años. Lo que se encuentra es que el número de indígenas es cada vez inferior al del censo precedente. ¡Triste observación que se ha hecho clara desde el comienzo del siglo! La disminución de indígenas llevaría a creer que la lepra ha disminuido en la misma proporción. No es a sí. Hasta 1891 el número de leprosos ha ido aumentando; a partir de esa época sin duda ha disminuido, pero no proporcionalmente al descenso de la población. En cuanto a la diferencia notable acaecida en numerosas ocasiones en el número de leprosos enviados a Molokai, proviene del mayor o menor rigor que se ponía en la búsqueda de enfermos. Razones de orden político o privado han encontrado a veces acomodamientos con la ley.

La mayor parte eran indígenas; 42 blancos solamente llegaron a compartir su exilio. Este número no está en relación con nuestra población europea de las islas. Pero aparte de que los blancos se contagian con más dificultad, desde que sienten los primeros síntomas, toman rápidamente el camino de Europa o se refugian en Asia, antes que someterse a una reclusión perpetua.

Acaba de llegar el Hermano Domingo con sus niños de Kalawao. ¿Qué puede significar esto? En el mes de mayo último, los médicos de Honolulu escogieron entre estos pobres niños algunos sujetos especiales para experimentar un nuevo tratamiento que querían introducir en la leprosería. Ahí se encuentran los que van a ser embarcados en el vapor Molokii; sus compañeros les acompañan hasta la rada de Kalaupapa.

Tenemos poca confianza en estos nuevos ensayos. El año pasado una decena de jóvenes fueron sometidos a los mismos tratamientos. Al cabo de dos meses los devolvieron a la leprosería. Esperemos sin embargo que esta segunda tentativa tenga un mejor resultado! El doctor japonés Goto, que se entrega desde hace varios años a estas pobres gentes, quizás haya obtenido los más consoladores efectos, aunque su método no haya curado completamente a nadie. Me satisface pensar en nuestro divino Salvador, extendiendo sus manos sobre los pobres leprosos de que habla el Evangelio y diciéndoles esta simple palabra vivificante: *¡Quiero, sé limpio!*

Rogándole, mi R. Padre, que tengan por nuestros pobres leprosos y sus misioneros un recuerdo en sus santos sacrificios, quedo en los Sagrados Corazones, vuestro humilde hermano

P. Wendelin Moellers,  
Misionero de los SS.CC.



## 4.- La obra del P. Damián en Molokai

### a. "Ya estás aquí para toda la vida".

Aquel a quién se nombrará pronto "el Apóstol de los leprosos" llegó a Molokai el sábado 10 de mayo de 1873<sup>61</sup>. Tenía treinta y tres años. No tenía otros recursos, en aquel momento, que su breviario y su crucifijo.

El 17 de mayo, el "Advertiser" de Hawaii escribía: "Cuando el "Kilauea" tocó Kalawao el sábado pasado, Mons. Maigret y el Padre Damián, sacerdote belga, descendieron para ir a tierra. El venerable obispo acercándose a los leprosos les dirigió palabras de consolación y les presentó al buen Padre, que se ha ofrecido voluntario para vivir con ellos y para ellos. El P. Damián ha tomado esta determinación de improvisto. No tiene una casa, ni otra ropa que la que los leprosos puedan ofrecerle... Sin preocuparnos de la doctrina que profesa este hombre, lo decimos bien alto: es un héroe cristiano".

El hombre que entraba en la leprosería entre los abandonados de la sociedad, era grande y fuerte, de una perfecta salud, amable y sonriente. Se hacía niño con los niños y reía de buena gana. Era hombre de acción, práctico, no aguantaba que se opusieran a los grandes deberes que absorbían los ímpetus de su corazón. Como no tenía casa en que pudiera descansar, durmió en los primeros tiempos bajo el espeso follaje de un gran "pandano" ("puhala"). Se construyó con sus propias manos una pequeña casa. Su sola aparición cambió la atmósfera de la leprosería. Inmediatamente comenzó la visita de inspección. Conocía ya la lepra por haber visto en Kohala algunas de sus víctimas. Pero aquí se veía rodeado de varios centenares de leprosos de todo aspecto.

Inmediatamente midió la extensión del drama que aquí se representaba: los cuerpos tenían llagas malolientes, pero también y aún más, las almas. El pintor inglés, E. Clifford, que visitó al P. Damián al final de su vida, le prestó unas palabras que él se decía a menudo: "Ánimo, José, muchacho, ya estas aquí para toda la vida". Estas palabras tenían el sabor de un sermón de dedicación total al servicio de los leprosos.

El célebre escritor Louis Robert Stevenson (el magnífico defensor del honor póstumo del P. Damián) podía hacer esta confesión el 15 de febrero de 1890: "Puedo presumir de no ser tímido. Pues bien, no sabría recordar los ocho días y siete noches que pasé sobre el promontorio de los leprosos de Molokai sin felicitar me muy sinceramente de encontrarme en otro lugar... Noten sin

---

<sup>61</sup> Ya se sabe que en la intención de Mons. Maigret el P. Damián no iba mas que para algunas semanas. Otros jóvenes misioneros (Gulstan. Ropert, Boniface Schaeffer, Rupert Lauter) irían para relevarse cada tres meses. Ver: la carta del provincial, el P. Modesto Favens, al superior general, 28 mayo 1873. El Obispo debió de ceder a las generosas instancias del P. Damián, que quiso permanecer fijo con los leprosos. Durante la fiesta de Wailuku, el P Damián había tenido el presentimiento " de que el designio de la Providencia iba a realizarse conmigo... no volví a Kohala, sino que el barco me depositó en la leprosería" (Carta al superior general, agosto 1873)

embargo que lo que he visto, es una colonia expurgada, mejorada, organizada: un poblado construido muy recientemente, una residencia ("Bishop's Home") perfectamente cuidada, que tenía médico, Religiosas y misioneros católicos verdaderamente infatigables en la gestión de su noble cometido".

#### **b. Situación deplorable.**

Totalmente diferente, en verdad, era la condición del P. Damián cuando cumplió su generoso sacrificio: ¿qué penosos sueños, debemos pensar, obsesionaban su imaginación cuando durmió su primer sueño, acostado bajo un gran árbol y rodeado de varios centenares de sus semejantes que acababa de ver totalmente cubiertos de lepra? ¿Qué dolorosos pensamientos agitaron su espíritu, cuando al despertar se encontró para siempre de cara al contagio, ocupado en vendar llagas hediondas y cuerpos deformes, en los que apenas constataba, más que por el movimiento y la respiración que el pensamiento y la vida todavía estaban allí?<sup>62</sup>.

Se conoce el Informe del P. Damián sobre el estado de la leprosería a su llegada. Fue escrito en marzo de 1886 a petición del BOH. Este informe está muy cuidado y contiene una excelente composición. Las personas más competentes (como el primer ministro Gibson y el Dr. Mouritz) alabaron su objetividad y su moderación. Pero no hay duda de que el P. Damián atenuó la descripción a causa de haberse acostumbrado a aquel estado de cosas, y también sin duda, por delicadeza hacia la autoridad para no contrariar al BOH que era la causa (voluntaria o involuntaria) de esa triste situación.

Se comprende fácilmente que ante esta situación, el P. Damián no podía limitarse a un papel puramente espiritual. Era absolutamente necesario cuidar de los cuerpos para llegar a las almas. Se comprende también que le era imposible mantener rigurosas precauciones inspiradas en una prudencia excesiva y humana. Porque si se hubiera atendido a eso, no hubiera podido realizar un trabajo eficaz entre tales gentes de cultura hawaiana, y quizás para eso hubiera sido mejor que no fuera a Molokai.

Facilitaba en gran manera el trabajo del Gobierno que hasta tuvo la intención de nombrarle subintendente de la leprosería. Se le propuso en 1877 y le asignaban una suma de 10.000 dólares por año.

La respuesta de Damián: "Aunque me ofrecieran 100.000 lo rehusaría. Si no tuviera otra mira que el provecho, no permanecería aquí cinco minutos más"<sup>63</sup>. Todo lo que se obtuvo fue que se encargara en el ínterin, cargo que dejó lo antes posible.

---

<sup>62</sup> Citado por V. Jourdan, *Le Père Damien De Veuster*, p. 210-211.

<sup>63</sup> Testimonio escrito de la Hermana Judith Brassier (1834-1909), superiora de las Hermanas de los Sagrados Corazones en Honolulu, gran bienhechora de los leprosos de Molokai. El texto viene citado en la revista *L'Oeuvre du P. Damien*, 1899, p. 192-193

### c. Realizaciones materiales.

*Las realizaciones materiales del P. Damián.*- 1) Mejora en la alimentación. Esta fue mediocre durante mucho tiempo, insuficiente (todavía en 1884 se quejaba de ello el Dr. Mouritz), el reparto poco equitativo. El P. Damián organizó un almacén donde se iban a aprovisionar gratuitamente. Procuró vestidos cálidos para el invierno. Todavía en 1884 después de su visita de dos días (21 y 22 de julio) la reina Kapiolani hizo enviar vestidos para 187 hombres y 93 mujeres, hizo aumentar las raciones de azúcar y de carne y pronto afluyeron los donativos de Inglaterra y de Estados Unidos.

2) Como faltaba el agua, drenó el agua en una canalización, idea original suya. Más tarde, se construyó un depósito en que los enfermos pudieran lavar sus ropas y lavarse ellos mismos. Por fin, el P. Damián ayudó a construir una conducción de agua.

3) Antes del P. Damián los leprosos menos afortunados (es decir la gran mayoría) se corrompían en los innobles tugurios, en bajas chozas húmedas o malsanas. Durante su primer invierno en Molokai un huracán del Sur destruyó la mitad. Los pobres enfermos pidieron al P. Damián que les ayudara a construir sus casas. El misionero no se hizo de rogar: se quitó la sotana, trabajó con ellos, como un artesano con sus aprendices, de quienes tenía que soportar las exhalaciones de sus llagas.

4) Trabajo de cultivo y distracciones. Como el trabajo corporal retardaba los efectos funestos de la lepra, el P. Damián animaba a los leprosos al trabajo manual, como el cultivo de patatas dulces. Con los leprosos, el P. Damián se esforzó en hacer más abordable el puerto de Kalaupapa y su peligroso desembarcadero. Para ello dinamitó las rocas; se rehizo algo semejante a una carretera que unía a este poblado con el de Kalawao.

El Padre Damián organizó distracciones. Animó a los leprosos a tocar la música: la fanfarria que organizó dio mucho que hablar. Durante algunas ejecuciones, Dutton había visto a un músico perder el dedo de la mano, a otro un trozo de labio. En 1886, una leprosa tocaba el armonio, no tenía dedos más que en la mano derecha y un trozo de madera con que apretaba las notas graves<sup>64</sup>. En cuanto a la coral de leprosos, durante una visita de Mons. Maigret, ejecutó una misa de Mozart. El P. Damián multiplicaba las distracciones organizando carreras de caballos y juegos públicos.

5) Su propia casa construida en 1878. Desde los primeros días de su llegada, el P. Damián se construyó una casa; tenía 5 metros por cuatro. La construyó en 8 días y vivió en ella 5 años. En 1878 su provincial le autorizó a construir "una verdadera casa parroquial". Medía 8 metros por 7, tenía dos pisos y se accedía al superior por una escalera exterior que le daba acceso.

---

<sup>64</sup> Para los detalles, ver, por ejemplo, la carta del P. Aubert Bouillon al superior general, 21 junio 1875

6) El P. Damián cuida a los enfermos. Debemos recordar que durante trece años, no hubo médico en la leprosería. Y aún cuando fue nombrado un titular, este aparecía, se quedaba unos días y se marchaba, para no volver si no después de dos o tres semanas. ¿Qué se podía hacer entretanto? El P. Damián no podía resignarse a abandonar a los enfermos y en la medida de lo posible, él los curaba. Con todas sus fuerzas buscaba obtener medicinas eficaces. Un médico-inspector de la marina americana, el Dr. G. W. Woods dirá: "He admirado la paciencia con que el P. Damián prodigaba sus cuidados afectuosos y el modo científico con que los trataba". Este médico que había visitado casi todas las leproserías del mundo, "no había encontrado un lugar donde estuvieran tan contentos y tan bien cuidados"<sup>65</sup>.

7) Los niños leprosos: Fueron el objeto de la predilección del Padre Damián que los adoptaba. Les prodigaba los más asiduos cuidados. Hizo cuanto pudo para procurar a estos huérfanos un lugar íntimo dentro de la parcela de la misión. Todos los testimonios son unánimes en afirmar que su orfanato era su "obra predilecta". Su verdadera familia estaba junto a sus niños, que le procuraban alivio y el más hermoso de los consuelos. En su lecho de muerte suplicaba a las hermanas franciscanas que se cuidaran de sus niños.

8) Construcción de iglesias y capillas. Amplió primero la iglesia de Sta Filomena en Kalawao, porque entre 752 leprosos la mitad eran católicos. Aunque no fuera más que por el olor infecto de las llagas de los leprosos, ya era una razón suficiente para ampliarla. Ayudado por sus leprosos, comenzó por ampliar la iglesia, más tarde (en 1877) le añadió un campanario. Construyó después una mayor en Kalaupapa (distante 5 kilómetros de Kalawao). Como la parte Sur (el resto) de la isla no poseía capilla alguna, el P. Damián les construyó una primera en la playa del sur, en Kaluaaha, durante 1874, dedicada a N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de los Dolores. Una segunda, también de madera, la dedicó a San José en 1876, en Kamalo. A añadir una casa parroquial y la escuela, todo para el P. Andrés Burgerman, que atendía la leprosería mientras Damián carpinteaba por el sur, a favor de un hombre que tanta amargura le dejó en el corazón.

#### **d. Realizaciones espirituales**

*Las realizaciones espirituales del P. Damián.-* 1) El saneamiento de las costumbres. El P. Damián luchó con todas sus fuerzas contra la borrachera, el desenfreno con sus danzas lascivas. Fue el primero, y por mucho tiempo el único, en luchar contra la relajación de las costumbres. Él solo y en contra de varios agentes del BOH que eran promotores de estos desmadres, el P. Damián se vio obligado a constituirse en agente de policía. Ya hemos recordado todo cuanto hizo el P. Damián para preservar a la juventud leprosa y abandonada, para alejarla de la vileza y de la inmoralidad.

2) La institución de una doble cofradía de hombres y de mujeres con el encargo de visitar a los enfermos a los que no podía instruir y consolar por sí

---

<sup>65</sup> Informe del P. Corneille Limburg al superior general, 1 diciembre 1889.

mismo. La idea era sublime: hacer visitar a los leprosos por otros leprosos para consolarles y fortificarles en sus sufrimientos. Estas visitas hacían el mayor bien a unos y otros.

3) En la línea de la espiritualidad de su Congregación el P. Damián organizó y desarrolló la obra de la adoración reparadora y esto a partir de 1879. Ciertamente, existía la dificultad de mantener las horas regulares a causa de la enfermedad de los adoradores<sup>66</sup>.

El P. Aubert Bouillon se sintió emocionado por el espectáculo edificante de leprosos adoradores del Santísimo Sacramento<sup>67</sup>. Los pobres leprosos se turnaban ante el Santísimo Sacramento para consolar a Jesús de la ingratitud de los hombres y le ofrecían sus sufrimientos por los pecados. El P. Damián hacía algo más que vivir él mismo de la Eucaristía y de la Adoración. Por la mañana, después de su misa, tenía la costumbre de hacer media hora de adoración<sup>68</sup>. Él decía: "Siendo la Santa Comunión el pan del sacerdote, me siento feliz, muy contento y resignado en la situación un tanto excepcional en que a la divina Providencia le ha parecido bien colocarme. El Santo Sacramento es, en efecto, para todos nosotros, el estimulante que nos lleva a renunciar a toda ambición del mundo. Sin la presencia constante de nuestro divino Maestro en mi pobre capilla, yo jamás hubiera podido perseverar asociando mi suerte a la de los leprosos de Molokai"<sup>69</sup>

4) La obra de los funerales para velar por la dignidad de los entierros y para levantar la moral de los enfermos, con el espectáculo consolador de la liturgia. Un enterramiento era casi una fiesta. Hay testigos que se preguntaban si no había en Molokai gozos que no existían en otra parte.

5) Una serie de cofradías (Santa Infancia, San José, Santísima Virgen) para ayudar a las necesidades de las diferentes categorías: niños, hombres, mujeres.

6) Un ambiente de dicha profunda y durable, de alegría y fervor espirituales, por el resplandor de su propio ejemplo. El P. Damián – de ello no hay la menor duda –, era un hombre profundamente feliz. La frase que dice y repite a su familia es como un refrán en todas sus cartas: "Estoy feliz y contento"<sup>70</sup>. Sin duda es Dios quien consuela interiormente a su generoso servidor, que permanecía fiel hasta el heroísmo: "Es cierto que siembro con lágrimas la buena simiente. De la mañana a la noche estoy en medio de miserias físicas y morales que acongojan el corazón; sin embargo me esfuerzo por mostrarme

---

<sup>66</sup> Carta del P Damián al superior general, 4 febrero 1879

<sup>67</sup> Carta al superior general, 3 marzo 1878

<sup>68</sup> Carta del P. Damián a su hermano, el Padre Pánfilo. 18 enero 1883

<sup>69</sup> Cuaderno Íntimo, del P. Damián (28 agosto 1886). [Así en esta "Disquisitio". Sin embargo el texto es una cita de la carta del P. Damián al Rvdo. Chapman, del 26 agosto 1886. N.T.] El Rvdo. Chapman, párroco anglicano de la iglesia de San Lucas en un barrio de Londres, benefactor insigne del P Damián, le escribió : "Me habéis enseñado más con la historia de vuestra vida, que todos los comentarios que he leído jamás [sobre la S. Escritura], y el Santo Sacramento tiene para mí mayor valor desde que he leído la historia de un leproso voluntario" (carta del 4 febrero 1886)

<sup>70</sup> Carta del 15 marzo 1876

siempre alegre, para levantar el ánimo de mis pobres enfermos”<sup>71</sup>. Y Stoddard dice: “Vd. me ha parecido feliz, mucho más feliz que cuantos están en el mundo. Tenéis derecho a serlo, porque nadie realiza una tarea más noble que la suya y quizás la hacéis en peores condiciones que cualquiera”<sup>72</sup>.

#### e. El secreto de las realizaciones.

1. El secreto de estas realizaciones se halla en la vida espiritual intensa, en la unión íntima del P. Damián con Jesús. Porque si es hombre de acción, el P. Damián es ante todo un hombre de oración. Comienza su jornada con la oración, la oración de rodillas ante el crucifijo o más a menudo prosternado ante el tabernáculo de su iglesia de Kalawao. Es en las largas conversaciones con Dios, en la meditación de las verdades eternas, donde él alimenta el coraje y la fuerza para su trabajo tan difícil e ingrato.

El P. Alberto Montiton, que fue su compañero en Molokai testifica que “no dejaba su rosario, dormía con él y lo recitaba día y noche siempre que no estaba ocupado”<sup>73</sup>

El P. Damián ha dejado un Cuaderno Íntimo, de 400 páginas, muy usado por haberle servido durante sus veinte últimos años<sup>74</sup> Sobre estas pequeñas hojas se encuentran sus planes o esquemas de instrucciones o de sermones<sup>75</sup>, pero también sus notas personales: meditaciones, resoluciones de retiro, exámenes de conciencia.

Su vida espiritual gravita en torno a la Eucaristía, donde (como él lo expresa a menudo) encuentra la fuerza para cumplir su sacrificio.

Su vida está marcada por el sello de una caridad sin límites. Ama con pasión a sus hediondos leprosos: es su manera propia de amar a Dios. Su caridad se inspira en la de Jesucristo. Leemos en su cuaderno íntimo: “La consideración de lo que las almas han costado a Jesucristo, así como el recuerdo de lo que le han costado las nuestras, debe inspirarnos el mayor celo por la salvación de todo el mundo. Debemos entregarnos a todo cuanto puede contribuir a la salvación de las almas. Debemos darnos a todos sin excepción. Debemos darnos sin reserva. La medida de nuestro celo debe ser el de Jesucristo”<sup>76</sup>

Para poder apreciar la fecundidad del apostolado del P. Damián en la leprosería de Molokai, como dijo el P. Wendelin Moellers, su sucesor inmediato en Molokai, “hay que darse cuenta que él estaba solo en el trabajo y que tenía cientos de leprosos que cuidar, en lo físico y en lo moral. Hoy la leprosería tiene dos misioneros, cuatro hermanos enfermeros, cuatro hermanas enfermeras, un médico, al buen Sr. Dutton igualmente enfermero,

---

<sup>71</sup> Carta al superior general, 17 diciembre 1877

<sup>72</sup> Carta al P. Damián, 4 diciembre 1884

<sup>73</sup> Carta al P. Wendelin Moellers, 17 setiembre 1890

<sup>74</sup> Para el análisis de este Cuaderno Íntimo, ver: G. Hoornaert, s.j. *Le lépreux volontaire* Bruxelles-Paris, 1936, p 29 sgts

<sup>75</sup> No contiene mas que cuatro sermones, escritos enteros de su mano y compuestos por él. Todos tienen por tema la devoción al sagrado Corazón y el amor reparador que suscita en los que la practican

<sup>76</sup> Cuaderno Íntimo,: notas del retiro de 1881 (el Cuaderno no tiene paginación)

varios empleados. Hay un hospital, una casa cuna, vastas construcciones y bien acomodadas para quienes viven en familia. Nada de todo esto existía a la llegada del P. Damián; todo estaba por hacer y estaba sólo. Cuando uno se representa el estado en que él encontró la leprosería y a sus habitantes, solo entonces se comienza a comprender que realizando la obra que él ha hecho, ha practicado la caridad hasta el último grado de la heroicidad, ya que ha sacrificado su vida y con agrado”<sup>77</sup>.

No dudamos en traer aquí, para terminar este capítulo, la opinión que se había formado del Siervo de Dios el Superintendente Meyer, protestante, que estuvo en su cargo durante todo el tiempo que el P. Damián vivió en Molokai. Recogemos este testimonio de las cartas del Superintendente que hemos encontrado en los Archivos del Comité de Sanidad de Honolulu.

El 13 de marzo de 1889 escribe al secretario G. N. Ashley, a propósito de un escrito atribuido al P. Conrardy y en el transcurso del escrito hablando del P. Damián, añade esta frase: “... el cual, dicho sea de paso, es considerado aquí como el mayor santo viviente...”<sup>77a</sup> Un mes más tarde y solamente cuatro días antes de la muerte del P. Damián, escribiendo al mismo: “... El P. Damián se encuentra mejor y no dudo de que se restablecerá... Quien ya lo cree moribundo y no ve ya esperanza alguna es el P. Conrardy. También los santos y los mártires han deben practicar un poco la paciencia...”<sup>77b</sup>.

## V

### Informe del Padre Damián sobre la Leprosería de Molokai

Preparado a Petición del Presidente del Comité de Sanidad, Sr. Walter M. Gibson, en Kalawao, el 17 de marzo 1886

Algunas palabras de experiencia personal adquiridas durante mis trece años de estancia entre los leprosos de Kalawao

Debido a una Providencia especial de Nuestro Señor que, durante su vida pública, dio señales de particular conmiseración hacia los leprosos, mi camino, como sacerdote católico, fue orientado hacia Kalawao, en mayo del año de Nuestro Señor de 1873. Tenía yo entonces 33 años y gozaba de una salud robusta. En esa época, Lunalilo era rey de Hawai y E.O.-Walle presidente del Comité de Sanidad.

Un gran número de leprosos había llegado recientemente de las diversas islas, eran ochocientos dieciséis. Varios de ellos me habían conocido en la isla de

---

<sup>77</sup> Informe al superior general, 23 enero 1890

<sup>77a</sup> Carta del Sr. Meyer a G. N. Ashley del BOH, 13 marzo 1889; Arch. De Honolulu

<sup>77b</sup> Carta de Meyer a G. N. Ashley, 11 abril 1889; Arch. De Honolulu.

Hawaii, donde anteriormente había residido como sacerdote misionero. Los demás –la mayor parte- me eran desconocidos.

Kalaupapa, el poblado en que se desembarca, era en aquella época un barrio casi desierto, que no tenía más que tres o cuatro cabañas de madera y un pequeño número de antiguas chozas, hechas con cepellones de hierba. Los leprosos tenían prohibido ir allí, excepto los días en que llegaba un vapor. Habitaban todos en Kalawao. Unos 80 estaban en el hospital, en el mismo barracón que aún hoy se conserva. El resto de los leprosos, con un pequeño número de kokuas (ayudantes no leprosos), tenían fijada su morada más abajo por el valle. Habían cortado viejos pandanos o punhalas para construir sus casas. Sin embargo, muchos se habían servido para sus reducidos refugios tan solo de ramas de árboles de ricino y habían recubierto sus débiles armazones con hojas de “ki” o de caña de azúcar, las mejores con hierba de “pili”. Yo mismo me albergué, durante varias semanas, a la sombra del único punhala que quedaba y que aún se encuentra en el cementerio

Bajo tales techos primitivos, todos estos desdichados desterrados de la sociedad, más o menos extraños los unos a los otros, vivían entremezclados sin distinción de edad ni de sexo, sin clasificación alguna según fuera el estado de su enfermedad avanzada o reciente. Mataban el tiempo jugando a las cartas, bailando el “hula”, bebiendo una especie de cerveza fabricada con la raíz del ki y con los excesos que eran su consecuencia necesaria.

Todas sus cosas, en general, estaban muy poco limpias y decentes, sobretudo a causa de la falta de agua que, en esa época, debían transportar desde bien lejos. El olor de sus basuras, añadido a las exhalaciones de sus llagas, era en verdad repugnante e insoportable para un recién llegado. Más de una vez, cumpliendo cerca de ellos mi deber de sacerdote, me ví obligado no tan solo a taparme la nariz, sino a salirme rápidamente al exterior para respirar aire puro. Para proteger mis piernas contra un extraño picazón que sentía cada noche después de haberlos visitado, tuve que pedir a uno de mis amigos un par de gruesas botas. Como antídoto contra el mal olor, me acostumbré al uso del tabaco; el olor de la pipa me preservaba un poco de llevarme en los vestidos las emanaciones fétidas de los enfermos.

En esta época, los progresos de la enfermedad eran horrorosos y el número de muertos considerable.

Estos son algunos de los recuerdos de lo que vi y experimenté aquí al comienzo de mi apostolado. La miserable situación de la leprosería era tan horrible en aquella época, que solo merecía el nombre de cementerio viviente. Me siento feliz al comprobar, y espero probarlo más adelante, que este nombre no se aplica ya a nuestro establecimiento.

Después del acceso al trono del rey Kalakaua hasta el momento actual, el gobierno de Su Majestad, ayudado por la caridad cristiana, se ha esforzado, paso a paso, por mejorar la condición de los leprosos y hacerles la vida más agradable.

Creo estar capacitado para exponer, desde mis propias observaciones y mi experiencia, lo que puede contribuir realmente a la mejora y bienestar de los leprosos y, por otro lado, lo que para ellos es dañoso e injurioso. Probaré estos dos puntos estableciendo un paralelo entre las condiciones ya descritas, que existían a mi llegada aquí y la situación confortable en el momento presente.

### **1.- Las ventajas de una buena dieta.**

La alimentación de los leprosos tiene una gran influencia en su salud. Nuestro "taro" hawaiano, que contiene mucha fécula y es de fácil digestión, es nuestra mejor legumbre, hasta el punto de que no he constatado en él efectos nocivos ni tan siquiera en momentos de fiebres ni en los restantes males a que los leprosos están sujetos con tanta frecuencia. El pueblo hawaiano en general, pero especialmente nuestros leprosos indígenas, no pueden pasarse sin él. Recuerdo, hace ya alrededor de diez años, que por haber estado privada la leprosería del taro durante casi tres meses, por la escasez de este vegetal, se presentaron varios casos de muerte y un buen número de nuestra gente parecía que se hubiera atrofiado, aunque tenían arroz y patatas dulces en abundancia.

Como la administración nos provee cada semana del taro para seiscientas o setecientas personas, a razón de veintidós libras de taro hervido por individuo, quizás tenga interés escribir unas palabras sobre la manera de obtenerlo.

En la costa norte de Molokai, hay tres grandes valles: Halawa, Vailou y Pelekunu, en que los indígenas, en gran número, se dedican casi exclusivamente al cultivo del taro. Hemos de recurrir a ellos para procurarnos, generalmente, el que nos falta. Lo escarpado de las rocas impide toda comunicación con los caminos de la otra vertiente: de ahí la necesidad de transportar el taro cocido o "poi", por el mar, ya en barcas abiertas o en pequeñas goletas, como se realizaba en un principio, o bien en vapores ("stimers"), como se viene haciendo en estos últimos tiempos. Nuestra gente prefiere con mucho los vapores, debido a su regularidad. La calma o el mal tiempo impiden, muy a menudo, a las goletas o a las barcas llegar en el momento en que empiezan a faltar los alimentos. Se quedan entonces inevitablemente privados de su poi, que se pudre en el mismo lugar en que lo han cocido, sin que nadie gane con su pérdida.

Cuando no podemos procurarnos el poi, se reemplaza por el arroz o las galletas, de los que siempre se tiene una cierta cantidad disponible. Sin embargo todos reconocen que, a excepción de los chinos, nadie, ni indígena ni extranjero, puede vivir usando el arroz como alimento principal. Un cierto número de nuestros leprosos, a pesar de estar sus manos más o menos mutiladas, consiguen un cultivo reducido de patatas dulces que, por variar o ante la penuria absoluta, reemplazan de algún modo la alimentación del poi. Desgraciadamente, a algunos de nuestros hawaianos les gusta mucho cierta

bebida hecha con las patatas dulces. Dejando fermentar los tubérculos, se procuran un licor nocivo y muy embriagador, que los enloquece. Como cualquier otro alcohol, este licor los excita y los debilita. Me alegra poder expresar aquí mi sincero agradecimiento a la administración local por la sabia idea que ha tenido prohibiendo su uso.

Aparte de su alimentación ordinaria, un medio litro de leche buena procura una bebida alimenticia, dentro de su régimen. Naturalmente se vive con la inquietud en el alma por hallar el medio de obtener una cantidad de leche suficiente para tanta gente. Ruego se me permita expresar mi punto de vista. La leprosería, en la mayor parte de su territorio, ofrece la mejor tierra de pastos para el ganado, y querría sugerir a la administración, con mi mayor energía, la idea de aumentar cuanto sea posible el número de buenas vacas lecheras. Desgraciadamente, por la gran cantidad de carne que se necesita – alrededor de cinco mil libras por semana – y por el retraso frecuente en la llegada de bueyes para la matanza - nuestros carniceros se ven obligados a sacrificar un número, más o menos considerable, de vacas lecheras. Por ello, en consecuencia, ha comenzado a disminuir, progresivamente, una enorme cantidad de leche.

Permitan les haga constatar, con desagrado, que desde hace ya varios años ni la décima parte de nuestros leprosos que no están en el hospital, ha tenido la suerte de recibir cada día un poco de leche. Pido se me permita formular aquí un proyecto, tan provechoso para el Comité de Sanidad como para los leprosos: solicitar a la nueva legislatura, además de la asignación ordinaria para el cuidado de los leprosos, un suplemento de subsidios que permitiera enviar inmediatamente tantas cabezas de ganado como nuestra hermosa planicie pueda alimentar en sus pastos, es decir, de quinientas a mil; de ellas un cierto número para leche y reproducción y las restantes para el matadero. En cuanto al salmón, como medio de reemplazar la carne, humildemente les haría observar que se puede autorizar su uso, pero lo menos posible.

## **2.- Las ventajas de un buen aprovisionamiento de agua.**

Desde el lugar de desembarco, en Kalaupapa, hasta Kalawao, no hay una sola corriente de agua regular. Felizmente en la parte superior del valle de Kalawao hay agua, no muy abundante, es verdad, pero suficiente para aprovisionar al poblado, si se organiza de modo conveniente.

A mi llegada aquí, los leprosos se veían obligados a llevarse el agua que necesitaban, desde ese barranco, en barriletes de aceite, que transportaban a las espaldas o sobre la cabeza. Era algo bien penoso. También lavaban allí sus vestidos. La penuria de agua en aquella época explica, en parte, la enorme suciedad que había en las personas y en sus vestidos.

Durante el verano de 1873, nos regalaron algunos tubos. Todos los leprosos se ofrecieron para colocarlos y construir un pequeño depósito. Desde entonces, Kalawao ha estado bien provisto de agua, buena para beber,

bañarse y lavarse. Esta es también la razón por la que nuestros leprosos prefieren permanecer en Kalawao en lugar de en Kalaupapa, donde aún hoy hay que recurrir al agua de lluvia o al agua estancada. En las épocas de sequía, se ven además obligados a ir en busca del agua a Kalawao. Es lamentable que por razones que me son desconocidas, el dinero otorgado por la legislatura para esta mejora, no se haya empleado en ello, porque la falta de agua buena en Kalaupapa ha sido una penosa privación para este poblado.

Estudiando la cuestión del aprovisionamiento de agua, me enteré de que en la última extremidad del valle, llamado Waihanau (agua ascendente), que está situado a poco más de una legua al sureste de Kalaupapa, existe un depósito natural. Inmediatamente fui en su busca, acompañado por dos blancos entendidos y algunos de mi gente. El hecho es que después de dos mil pies de mal camino llegamos ante un magnífico depósito, fabricado por la mano de la naturaleza en forma de estanque circular. Su diámetro tiene 72 pies en una dirección y 55 pies en la otra. Sondeando la profundidad, encontramos doce pies de agua a poca distancia de la orilla y dieciocho pies, al menos, hacia el centro. Como el agua estaba fría, ninguno de mis muchachos se aventuró a atravesar el estanque nadando, para conocer su exacta profundidad cerca de la roca escarpada, donde probablemente es muy profundo. El agua es muy clara y tiene un sabor excelente.

A esto hay que añadir que un indígena que durante diez años se ha ocupado en distribuir agua por los lugares de Kalaupapa, a cambio de algún dinero, me ha asegurado que "cuando cualquier otra fuente en las cercanías deja de manar agua, durante las estaciones muy secas, ésta jamás ha dejado de proporcionarle toda el agua necesaria". Esta declaración ha sido testificada por muchos antiguos residentes del lugar, y cualquiera que haya visto este depósito, lo confirma rotundamente. Esta certeza moral y también el abundante desbordamiento de salida de agua comparado con lo que chorrea de entrada por la parte alta, justifica mi conclusión de que hay un amplio manantial en el fondo. El depósito es perfecto y permanente por naturaleza, por lo que no necesita gasto alguno ni ningún trabajo.

En vez de recurrir a Waikolu para proporcionar agua a Kalaupapa, como se había tenido intención, eso sin contar las dificultades de la mano de obra para construir el depósito y para colocar los tubos, digamos que en más de cinco leguas – gastos en tubos que gravarían pesadamente al Gobierno – yo recomendaría simplemente colocar buenos tubos, a partir de este depósito de Waihanau. El problema de proporcionar agua corriente a Kalaupapa ha sido largamente debatido, pero jamás se lo ha examinado a fondo, so pretexto de que los gastos serían demasiado elevados. Y así permanece hasta hoy este asunto.

Deseo ardientemente que este trabajo sea ejecutado sin más dilación. Por esta razón, desde que estuve seguro de que había agua en abundancia y de que el trabajo de llevarla al lugar requerido, que no está muy alejado, nada tenía de prohibitivo, empeñé mi mente y corazón en proporcionar todas las informaciones requeridas y me he tomado el trabajo de medir las distancias.

Desde el depósito al almacén de Kalaupapa hay 3.680 pies y todo el terreno está en pendiente gradual. Como tenemos a nuestra disposición un mejor depósito y una provisión de agua más segura que la que hay en Kalawao, empleando tubos de dos pulgadas para la mitad del trayecto y de una pulgada y media para el resto, sin duda alguna el poblado de Kalaupapa puede ser provisto con gran abundancia de un agua pura y buena. Al tener aquí un hombre que puede ejecutar el trabajo y mucha gente que le pueden ayudar, pienso que el gasto, exceptuando el precio de los tubos, sería realmente pequeño.

### **3.- Las ventajas de buenas viviendas.**

La ventilación, en general, es una de las primeras condiciones de higiene. Es muy necesaria para nuestros leprosos, mucho más que ninguna otra cosa, a causa de las emanaciones fétidas que proceden de su enfermedad,. En el pasado, nuestros leprosos no poseían más que pequeños cobijos húmedos y casi la mitad vivían tumbados sobre sus lechos, cubiertos de costras y de horribles llagas. Su organismo ofrecía una apariencia débil y ruinosa. En 1874, el gran problema era la mejora de las viviendas de esta gente infortunada, ya que entonces la subvención del Gobierno apenas si era suficiente para proporcionarles la alimentación. Durante el invierno de ese año, un viento violento del sur derribó la mitad de las cabañas que estaban en mal estado y muchos de los leprosos tuvieron que acostarse al aire libre, a pesar de su debilidad, expuestos al viento y a la lluvia, con sus mantas y sus vestidos húmedos y mojados.

Inmediatamente hice un llamamiento ante nuestro amable agente acerca del suceso y enseguida varios cargamentos de madera aserrada nos llegaron en goletas, para fabricar con ellas sólidas construcciones. A medida que las pedían, todos los leprosos afectados recibieron los tablones necesarios en los que clavan las largas hierbas o sus hojas de caña de azúcar. Más tarde recibimos planchas de latón y también los viejos materiales del antiguo hospital de Kalihi. Fuentes privadas y caritativas nos proporcionaron las placas y la madera para el piso. Los que tenían un poco de dinero, contrataban sus propios carpinteros y los que no poseían nada, fueron ayudados por el sacerdote que, con sus jóvenes leprosos, se esforzó en construir más de una casita. Además había algunos recién llegados que tenían medios para hacer construir sus casas a sus propias expensas.

En 1878, fue enviado por la legislatura un comité especial para inspeccionar Kalawao, porque el Comité de Sanidad había obtenido un mayor subsidio. Por recomendación de este comité, fueron construidas muchas casitas confortables, en las que se añadieron muchas comodidades muy necesarias para los leprosos. El Comité ha proporcionado siempre, gratuitamente, la cal necesaria para enlucir las cabañas. Así, poco a poco y sin demasiados gastos a cargo del Gobierno, se levantaron, con la ayuda de la caridad privada, las confortables casas que forman hoy los dos atractivos poblados, Kalawao y Kalaupapa. Creo que en este momento hay algo más de trescientas cincuenta casas, pequeñas y grandes, casi todas pintadas de blanco y en general

arregladas y limpias. Sin embargo a un gran número les faltan buenas ventanas. Naturalmente estas casas no pueden estar suficientemente aireadas, lo que crea una atmósfera desagradable y malsana. Por esta razón ruego al Comité que tome las medidas necesarias para que este asunto pernicioso sea pronto remediado.

Para terminar, tengo la satisfacción de constatar que, si comparo el presente con el pasado, no sólo estos desdichados están hoy alojados y cuidados más confortablemente, sino que en general su enfermedad es menos grave y menos progresiva, y que, en consecuencia, el número de muertos es menor. Esto es debido en gran parte a la mejora en las viviendas.

#### **4.- Las ventajas de vestidos limpios y de abrigo.**

Como la leprosería de Molokai se encuentra del lado norte de la isla y está cerrada por el sur con montañas muy elevadas, el clima es en ella naturalmente fresco. Por otro lado, la lepra, al progresar, disminuye la buena circulación de la sangre. Nuestros leprosos se quejan a menudo de falta de calor vital, sobretodo en invierno, cuando tenemos de ordinario un período bastante largo de tiempo frío,. Los que poseen vestidos apropiados y de abrigo para defenderse de la estación, resisten en general muy bien, pero los que por negligencia o pobreza, apenas tienen con qué cubrirse, sufren de verdad con el tiempo frío y húmedo; comienzan a tener fiebre y tosen mucho; se les hincha la cara y los miembros y si no se les socorre pronto, la enfermedad ataca los pulmones y mueren prematuramente.

A mi llegada, encontré muy a menudo a los leprosos desprovistos de vestidos contra el frío. Obtenían todos los años un traje y una manta de la administración, pero a causa de su negligencia o por su suciedad, muchos de ellos no poseían, al cabo de unos meses, más que andrajos. Los que tenían amigos fuera del asilo, se sentían felices al recibir de cuando en cuando algún artículo de vestir, pero quienes no tenían amigos y los pobres, sufrían mucho. En aquel entonces no existía un solo almacén dentro de los límites de la leprosería en el que pudieran procurarse un nuevo vestido o cualquier otra cosa necesaria. Los que ganaban algún dinero o lo recibían, se veían obligados a dirigirse al capitán de la goleta, que les hacía las compras. Todos sentimos la necesidad perentoria de tener un almacén en el lugar, y fue una excelente idea del Comité de Sanidad la de inaugurar en 1873 el almacén de Molokai. Para comenzar, mil dólares del subsidio se emplearon en la compra de las primeras mercancías; la ganancia en el precio de venta al público servía para cubrir los gastos corrientes y en verdad el almacén ha funcionado bien desde entonces, proporcionando a nuestra gente todo cuanto han necesitado.

Cada año el Comité otorga a todos los leprosos un bono de seis dólares que pueden gastar en dicho almacén en lo que necesiten, principalmente en sus vestidos. El almacén ha resultado un éxito hasta el momento y ha sido muy conveniente para todos, del que no podrían prescindir sin dificultades. Además de la prestación del Comité de Sanidad, la caridad cristiana nos echó una buena mano con los vestidos y no podemos por menos de expresar por

ello nuestra gran satisfacción. En el pasado, no era raro recibir alguna vez todo un cargamento de ropa que podíamos distribuir a los indigentes. Tal fue, por ejemplo, la ayuda prestada hace año y medio por Su Majestad la reina Kapiolani y por las personas que la ayudaron a engrosar su suscripción para los leprosos.

Agradecidos a los que nos han ayudado en el pasado, esperamos que la caridad continuará ayudando al Comité de Sanidad a proporcionar a los infortunados de Molokai, todo aquello que tanto necesitan, sobretodo en vestidos contra el frío. Porque, me permito hacer notar, en este asunto la contribución anual de seis dólares es absolutamente insuficiente para poder procurarse vestidos o las cosas indispensables, a quienes no tienen otra fuente privada, ya sean amigos o parientes benévolos. Me tomo la libertad de someter esta declaración, basada en mi larga experiencia, al honorable Comité de Sanidad, para que la pueda examinar más adelante. La asignación acordada por el Comité de Sanidad, unida a la caridad cristiana y a algunas intervenciones privadas de las que hablaré posteriormente, han contribuido con abundancia a mejorar la situación de los leprosos y les ha proporcionado ropas relativamente buenas.

#### **5.- Los efectos de los ejercicios corporales sobre la lepra y las ventajas que de ellos se siguen para los leprosos.**

La lepra es una enfermedad constitucional que obstruye en general la circulación de la sangre, paraliza parcialmente los nervios y los músculos y deteriora a menudo los miembros en cualquier lugar del cuerpo. Cada caso es diferente. Una persona alcanzada por la lepra, que se abandona simplemente a los destrozos de la enfermedad y no hace ejercicio alguno, presenta una apariencia fofa y abatida y está amenazada con convertirse pronto en una ruina completa. Por esto se recomienda hacer todos los días ejercicios, a fin de reforzar el organismo, adiestrar el movimiento general de los músculos y liberar la circulación de la sangre; de este modo se consigue evitar muchos sufrimientos, heridas y otras consecuencias de la postración. En tiempos anteriores, entre 1866 y 1873, todos los leprosos estaban reunidos en el pueblecito de Kalawao. Su gran mayoría se pasaba el tiempo durmiendo, bebiendo o jugando a las cartas. Muy pocos trabajaban en los campos. El número muy reducido de caballos no les permitía tampoco organizar carreras. Más tarde todos los terrenos de Kalaupapa fueron anexionados a la leprosería y pronto fue ya bien fácil hacer ejercicio, porque la costumbre de ir de un pueblo al otro, era una práctica entretenida y sana a la vez, pero a menudo también una necesidad. Felizmente los caballos se multiplicaron y su precio es muy asequible.

Este terreno tiene un suelo cultivable muy fértil y al pie de las montañas doscientos acres están rodeados de una cerca. Cada leproso está autorizado a ocupar en él una parcela vacía que puede cultivar, como algunos lo hacían ya en Kalawao. Ir a pie o a caballo y cultivar la tierra, esas son las ocupaciones más sanas para nuestros leprosos. Permítanme que haga constatar que actualmente las nueve décimas partes de la población se entregan a esta

ocupación y que anteriormente tan sólo una décima parte se beneficiaba de este ejercicio. Esto no solamente detiene el progreso de la enfermedad, sino que preserva así mismo de miserias que de otro modo les abrumarían. Probablemente no hay en el mundo entero un asilo de leproso que iguale al nuestro y comprometa a sus víctimas en esta especie de ejercicio diario que ejerce una influencia tan bienhechora.

Deseo mostrar algunos hechos para probar cómo ha sido alentada y cómo merece ser animada en el futuro. Desde que el amplio terreno fue puesto a la disposición de los leproso, como acabo de explicar, varios leproso, cuyas manos no estaban mutiladas, se pusieron a plantar patatas dulces y la cosecha fue abundante. Durante el invierno, cuando el mal tiempo impedía a los vapores hacer llegar a la leprosería la cantidad de taro requerida – el taro provenía de los valles del costado este de la isla – la administración local se sintió encantada de poder comprar un aprovisionamiento, para la semana, de estas patatas dulces a quienes tenían algunas reservas. De este modo se evitó un corto periodo de hambre, pero a la vez el dinero que antes se desembolsaba ordinariamente para las gentes del exterior, fue entonces entregado a nuestros trabajadores leproso y se puso inmediatamente en circulación entre ellos. Esto se convirtió en un gran estímulo. Pronto la mayor parte tuvo su campo de patatas dulces. Algo después, pudieron dirigir una petición a la administración local para que se les diera en dinero el valor correspondiente a su ración semanal. La petición fue acogida y a muchos leproso les sirvió para acomodarse bien. Esta práctica de pagar en dinero el valor equivalente de su ración semanal duró unos ocho años, variando la cantidad a tenor de la cosecha de patatas dulces y a veces según fuera la falta de provisiones de “paiai”.

Aparte la gran ventaja de una sana ocupación para los enfermos, con el dinero de su ración mejoró enormemente la condición de los que se aprovecharon de ella y, al mismo tiempo, el dinero recibido se puso en circulación y produjo entre los dos poblados un intercambio de no pocas pequeñas industrias. El comercio del almacén de Molokai aumentó con ello de volumen, porque los leproso disponían ahora de fondos para hacer sus compras. Hasta muy recientemente cualquiera se sentía a gusto en la leprosería. Sin embargo, a consecuencia de algunos abusos, se ha abolido este sistema, aunque hay bastante para comer. Este sistema era muy ventajoso para la salud y el bienestar de los leproso, como acabo de probarlo. No era más caro para el Comité de Sanidad y por esto sugiero humildemente, en nombre de la mayoría de nuestros leproso, que la administración tenga la bondad de implantar de nuevo este práctico antiguo sistema.

#### **6.- La justicia y la ventaja de permitir a ciertos kokuas acompañar a los leproso en Kalawao.**

En este importante asunto, hay que distinguir entre los kokuas (ayudantes) que están casados y los que no lo están.

A mi parecer, la justicia y la ley divina, lo mismo que la ley civil, exigen que el esposo no leproso pueda, si lo desea, acompañar a su esposa en el exilio de Kalawao, y también a viceversa.

En el cumplimiento de mi deber de sacerdote, diariamente en contacto con estos desdichados, he visto de cerca el resultado funesto de la separación forzosa de los esposos. En muchos casos esta separación se convierte en algo más insoportable que las penas por las angustias de la misma enfermedad. Esta desazón del espíritu no la olvidan después, desgraciadamente, sino quienes se entregan a un desaforado libertinaje; mientras que si los esposos siguen unidos, se resignan pronto a su suerte y se acostumbran rápidamente a su destierro. Este contento del espíritu se debe a la presencia del fiel cónyuge, que le prodiga en su enfermedad, a menudo tan larga y tan repelente, cuidados y atenciones que persona alguna puede proporcionarle.

Estoy satisfecho de constatar que por haber sido mejor respetados los lazos del matrimonio por el Gobierno de Su Majestad estos últimos años, a como lo habían sido anteriormente, el estado físico y moral de nuestros enfermos ha mejorado sobremanera, como constato también que están siendo cuidados mucho mejor.

Por otra parte, nuestros buenos kokuas, sin contar los cuidados y las ayudas que prestan, particularmente a los enfermos, son también muy valiosos para la administración local, cuando se trata de hacer cumplir cualquier trabajo público para el bienestar de la leprosería. Con su permiso quiero hacer notar a los honorables miembros del Comité de Sanidad, que además del provecho que la leprosería obtiene de sus ayudas, al mismo tiempo la sociedad queda liberada de un elemento peligroso. Estoy persuadido de que, con pocas excepciones, los que durante un tiempo considerable ya han cohabitado maritalmente con un leproso, son una amenaza continua para la población (en el caso de que no se les permitiera venir de la leprosería. N.T.). He visto personalmente pruebas demasiado numerosas. Dejo a los hombres de la Facultad la responsabilidad de decidir la amplitud del peligro de contagio que representa esta cohabitación.

Aún agradeciendo a los miembros del actual Comité de Sanidad cuanto han hecho por suavizar la suerte de nuestros leprosos, me siento sin embargo en la obligación de declarar que desapruuebo totalmente la llegada aquí de gentes que no están casadas ni leprosas y que vienen a la leprosería con la intención de fijar su residencia. Estos son los motivos en que me apoyo:

1°.- A excepción de personas ancianas, estos ayudantes no casados, apenas son constantes ni fieles en asistir a los enfermos, cuando han obtenido el permiso de venir aquí con el fin de ayudarles.

2°.- Son a menudo causa de inmoralidad y hacen contraer a los leprosos malas costumbres; y con sus perniciosos ejemplos son una ocasión de desorden en la colonia.

3°.- Al no tener aquí ningún lazo natural, pueden dejar la plaza cuando lo desean, aún después de una larga intimidad con los leprosos. Aunque la enfermedad no sea todavía visible, es muy probable que lleven sus gérmenes a su familia y de este modo se convierten en intermediarios capaces de extender la enfermedad entre sus amigos.

4°.- No prestan servicio alguno. Cobran por todo cuanto hacen. Cuanto ganan lo derrochan en el juego. Bastante a menudo, pasan el tiempo yendo de casa en casa y se invitan a comer la ración escasa de los enfermos. No tienen residencia fija. Demasiado perezosos para trabajar y aún para procurarse lo necesario, encuentran a veces el medio de apropiarse hasta de los vestidos destinados a los necesitados.

Por todas estas razones, me tomo la libertad de recomendar a las autoridades que sean más severas en adelante. Para impedir todo fraude, antes de otorgar el permiso, sería necesario que se exigiera un certificado escrito de matrimonio.

Por otro lado, las visitas que se permiten a las personas, deberían ser de muy corta duración y se debería ser muy severo para consentir, a cualquier niño sano y a cualquier joven, poner el pie en la leprosería.

## **7.- La moralidad: sus buenos y malos efectos.**

He de pedir permiso a mis queridos lectores para hablar de una cuestión muy seria, de la que soy oficialmente uno de los principales representantes. Para evitar la crítica, quiero con amplitud de espíritu dejar de lado, cuanto me sea posible, toda diferencia relacionada con la fe y la creencia. Mostraré qué progresos se han hecho para el bienestar temporal y eterno de nuestros leprosos, haciendo un paralelo entre el pasado y el presente, entre los que aceptan y los que rehúsan las exigencias de la moralidad.

Antes de mi llegada aquí se reconocía, tanto en la prensa pública como en la correspondencia privada, que la necesidad más acuciante en Kalawao era la de un guía espiritual o de un sacerdote. En su ausencia, el vicio reinaba como señor, en lugar de la virtud. Una depravación incalificable tenía rango de ley. A la llegada de nuevos leprosos, los antiguos se apresuraban a inculcarles la falsa máxima: "**Aole kanawai ma keia wahi**", "*en este lugar ya no hay ley*".

He oído proclamar este mensaje lo mismo en público como en las conversaciones privadas. Durante mucho tiempo, me vi obligado a combatirlo, viendo que se aplicaba tanto a las leyes divinas como a las leyes humanas. A consecuencia de esta teoría impía, la mayor parte de los solteros, o de las personas casadas separadas de sus familiares por la lepra, vivían en promiscuidad sin distinción de sexo. Muchas mujeres eran forzadas a prostituirse, para tener amigos que quisieran socorrerlas en su enfermedad. Los niños, mientras tenían fuerza, eran empleados como sirvientes. Cuando la lepra ya se había desarrollado demasiado en ellos, estas mujeres y estos niños eran arrojados de la casa, yendo a buscarse un refugio en otro lugar. No era

extraño encontrarlos detrás de una tapia, esperando que la muerte llegara a poner fin a sus sufrimientos o que una mano caritativa o alquilada los transportara al hospital. El **aloha** del que se vanagloriaban nuestros indígenas, desaparecía totalmente en estas circunstancias.

Como en otra parte he anotado, el "hula" hawaiano estaba organizado según las costumbres paganas bajo los auspicios de la antigua diosa **Laka**, que tenía un gran número de altares y a quien se ofrecían numerosos sacrificios. Confieso sinceramente que no era pequeña tarea la de destruir la religión y el culto de **Laka** y poner término a las danzas inmorales y a sus abominables consecuencias.

A pesar del estado de desesperación en que se hallaban estos desdichados, en el cuerpo y en el alma, - lo afirmo en su honor - se entregaban menos a las prácticas de superchería de los "kahuna lapaau", o médicos canacas, que los habitantes de la isla de Hawaii. Esta circunstancia fue alentadora para mí y me dio la esperanza de llegar a ver mi trabajo de sacerdote católico coronado por el éxito.

Me permito aquí una digresión con el fin de señalar otra fuente de inmoralidad: me refiero a las borracheras. Primero quiero explicar cómo se procuran la bebida embriagadora. A lo largo de la montaña crece en abundancia una planta que los naturales llaman "ki" (*Dracoena terminalis*). La raíz de este vegetal, cuando se la ha cocido y hecho fermentar y se destila su producto, proporciona un líquido altamente embriagador. El proceso es muy primitivo e imperfecto y naturalmente el licor no es en absoluto apropiado para la consumición. A mi llegada aquí, la destilación de este horrible licor se hacía a gran escala. Los indígenas que caían bajo su influjo, olvidaban los principios más elementales de la decencia. Corriendo de aquí para allá desnudos, se comportaban en todo como gentes demenciales. Es mucho más fácil imaginarse las consecuencias de tales excesos que describirlas.

La administración local hizo cuanto pudo para poner término a estos horribles desórdenes, pero durante largo tiempo sus esfuerzos resultaron estériles. Habiendo oído que algunos agentes de policía se entendían con los culpables, se decidió que el **guna nui** (gran jefe) y yo, haríamos la ronda. Así fue cómo, empleando las amenazas y la persuasión, pudimos conseguir que nos entregaran sus instrumentos de destilación. Algunos de entre los más culpables fueron castigados; se perdonó a los demás a condición de que se enmendaran. Durante mucho tiempo, como más arriba he dicho, cuando los leprosos estaban bajo la influencia de este maldito licor, lo abandonaban todo, excepto sus indecentes danzas, la prostitución y la bebida. Como no había guías espirituales, avanzaban a pasos de gigante por el camino de la ruina completa y de la perdición. Muchos enfermos quedaban abandonados a sí mismos y muchos otros morían, faltos de asistencia. Los que estaban en estado de poder ayudar a los demás, merodeaban por todos lados en búsqueda de un placer tan pernicioso como inmoral.

Al morir tanta gente, mi deber de sacerdote me ofrecía a menudo la ocasión de visitarlos en sus chozas y aunque mis exhortaciones se dirigían principalmente a los moribundos, golpeaban con frecuencia los oídos de los pecadores públicos que, poco a poco, fueron tomando conciencia de las consecuencias funestas de su conducta y comenzaron a arrepentirse. La esperanza del perdón de un Salvador misericordioso, era el comienzo de la reforma de su vida.

Una gran bondad para todos, una tierna caridad para los necesitados, una dulce compasión con los enfermos y moribundos, junto a una sólida formación de mis oyentes, tal ha sido el proceder constante del que me he servido para introducir las buenas costumbres entre los leprosos.

Uno de los medios más eficaces para destruir la inmoralidad, ha sido el permiso de casarse, dado a los leprosos que no estaban impedidos por un matrimonio anterior. Muchos de entre ellos llevan una vida perfectamente decente. Me siento feliz de poder declarar que, gracias a la benevolencia de la administración local, mi ministerio que parecía ilusorio al comienzo, por la solicitud de la divina Providencia, se ha visto coronado con un éxito espléndido, y las miserias mencionadas más arriba, apenas si existen ya.

#### **8.- Las ventajas de un uso juicioso de los medicamentos.**

Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, la lepra ha sido considerada como una enfermedad incurable. Al publicar mi parecer sobre los remedios a usar, debo hacer una distinción entre los casos avanzados y el comienzo de la enfermedad. Con los casos avanzados se puede emplear una aplicación prudente de medicamentos para mejorar la condición de los pacientes, para aliviar sus sufrimientos y frenar un poco el progreso de la enfermedad, pero no con vistas a obtener una verdadera curación, porque tal efecto no puede esperarse, solo un milagro puede conseguirlo. Quizás un próximo porvenir podrá entregarnos el secreto del específico adecuado, gracias al interés creciente y a la perseverancia indomable de los médicos y de los científicos, porque una curación de esta enfermedad no se ha descubierto aún, que yo sepa.

En referencia al caso en que la enfermedad sólo acaba de declararse y aún no se ha desarrollado, según mi parecer, un tratamiento conveniente, una buena dieta, una gran limpieza, una completa separación de las personas leprosas y otros medios usados con perseverancia, son los únicos capaces de dar esperanza de que se podrá eliminar la enfermedad o al menos retrasar su progreso.

Ya hace una veintena de años que fue fundada la leprosería. Se puede dividir este tiempo en tres períodos:

1°.- Como llegué aquí hacia el fin del primer periodo (1866-1873), solamente puedo recordar el estado de la situación tal como lo encontré entonces. Recuerdo que los pobres pacientes no poseían ningún medicamento, excepto

algunos purgantes y las medicinas indígenas; me inclino pues a creer que las cosas se mantenían así desde la inauguración de la colonia. Se veía muy a menudo a los leprosos cubiertos de horribles llagas, yendo por los caminos, que a falta de algunas vendas o tiras de tela o de un poco de unguento, se hallaban expuestas al polvo, a las moscas y a los parásitos. No solamente estaban descuidadas sus llagas, sino que cualquiera que tenía fiebre, diarrea o alguna de las numerosas dolencias a que están sujetos los leprosos, caía víctima de ella sólo porque le faltaba un simple pequeño remedio.

2°.- El mismo año de mi llegada a la leprosería (1873), nos llegó un blanco leproso que había estado de ayudante de los médicos en el hospital de Kalihi, en Honolulu. Tenía un gran conocimiento práctico de la medicina y se encargó de nuestro hospital, donde tomó a su cuidado a los ingresados en él. Yo por mi lado me ocupaba de los leprosos del exterior. Nuestra provisión de medicinas, que nos proporcionaba el Comité de Sanidad, comprendía los remedios más elementales. Bien pronto los leprosos notaron que el empleo de estos simples remedios que teníamos, mejoraba mucho su salud; por ello vinieron a vernos más enfermos y gradualmente se constató una mejoría muy notable. Como no teníamos doctor, hacíamos lo que podíamos.

3°.- Durante el siguiente período, alrededor de ocho años, es decir desde 1878, hemos sido tratados por cuatro diferentes doctores, a los que el Gobierno siempre ha proporcionado valiosos medicamentos de toda especie, los que ellos querían aplicar. Me permito remitir a mis lectores interesados a los informes anuales que estos inteligentes señores han publicado y pido excusas por no enjuiciar sus variados tratamientos.

Kalawao, 17 de marzo de 1886

H. DAMIÁN, Sacerdote católico

## VI

### TESTIMONIOS SOBRE LA FISONOMÍA ESPIRITUAL Y LA PERSONALIDAD DEL PADRE DAMIÁN

A fin de responder a las preguntas u observaciones de la Censura y por enriquecer más los datos biográficos del Siervo de Dios, reunimos en este capítulo algunos elementos aptos para poner más de relieve su temperamento humano y su compromiso religioso. Para ello daremos:

- A. algunos extractos de las cartas del Siervo de Dios,
- B. el juicio psicológico de Mons. K. Cruysberghs
- C. la opinión de algunos autores modernos.

## A. Extractos de las cartas del P. Damián

Aún cuando en el curso de nuestro trabajo, hemos citado muchas cartas del Siervo de Dios, hemos creído oportuno, como lo ha pedido el Promotor de la Fe, dar aquí alguna de ellas que se refieren al periodo de 1864 a 1873, es decir el periodo precedente a Molokai.

Los originales se conservan en los Archivos de Lovaina, Bélgica. Únicamente damos el lugar y la fecha de cada carta.

### 1. A su hermano el P. Pánfilo, Puna, 23 agosto 1864.

"(...) Nosotros tres: el P. Liévin, el P. Clemente y yo, pasamos ese tiempo en el colegio para prepararnos al misterio del sacerdocio y a comenzar inmediatamente después la función de misionero. ¡Ah!, qué corta fue nuestra preparación para tan sublime ministerio. Fuimos ordenados sacerdotes el sábado de Cuatro Témoras en la Octava de Pentecostés. Celebramos por la mañana nuestra primera Misa en la Catedral de Honolulu. Acuérdate de las emociones que sentiste el día que tuviste la dicha de subir por primera vez al altar para inmolar allí la víctima santa de nuestra salvación. También yo realicé la misma ceremonia, con la diferencia que tú te encontrabas rodeado de los padres y hermanos, desde siempre formados en la religión, mientras que para mí eran todos hijos nuevos en la religión, venidos de todas partes para ver a sus nuevos padres espirituales, por los que tanto habían suspirado para que vinieran a defenderles contra los lobos que les atacaban por todas partes. De manera que, mi querido Padre, si mi corazón no hubiera sido tan duro como es, creo que se habría fundido como la cera, tan fuerte era la impresión que sentí dando por primera vez el Pan de vida a un centenar de personas, de las que muchas quizás se habían arrodillado antes ante sus antiguos dioses y que ahora, vestidos de blanco, se aproximaban con tanta modestia a la Mesa Santa. El Padre Liévin cantó la misa mayor y por la tarde predicó su primer sermón en inglés, que lo hizo muy bien. La lengua inglesa está muy en boga por aquí.

Si Dios nos enviara aquí un sacerdote como el buen cura de Ars, se acabaría pronto con las ovejas descarriadas. Sobretudo entre los volcanes de Puna es donde yo debería tener ese amor de Dios, ese celo ardiente con que el sacerdote Vianney, párroco de Ars, ardía por la salvación de las almas, durante su vida.

Oh, mi querido hermano, te lo suplico, tanto para mí como por mis pobres ovejas, reza y haz rezar por nosotros a fin de que nuestro Divino Salvador se digne alumbrar en nuestros corazones ese divino fuego que ha venido a traer a la tierra y que tanto desea que arda. Si puedes contribuir a que este fuego se encienda en el corazón del pastor, tan frío a menudo, cuántos enfermos y ancianos iría a buscar para hacerles renacer en el agua y el Espíritu Santo antes de que se vayan al otro

mundo, cuántos niños y personas ignorantes arrancarían de las manos de los ministros herejes; mi querido hermano, si a la vez pudieras contribuir a que este fuego divino arda en los corazones de todos esos nuevos bautizados, qué frutos de salvación y santidad harías madurar para el cielo. Sí, haz rezar en todo lugar por tu hermano, arrojado sobre las lejanas playas de Oceanía a la búsqueda de las ovejas descarriadas, para que él mismo no sucumba a tantas tentaciones como le rodean y a fin de que la acción de la gracia, acompañando todas sus palabras, pueda hacer entrar un gran número de ovejas descarriadas en el aprisco de la iglesia católica y conducir las así a la patria celestial”.

## 2. Carta a sus padres, Puna, 23 agosto 1864.

... ¿ Se acuerdan aún, queridos padres, de un hijo que la Divina Providencia arrancó de sus brazos para enviarle a los países de infieles y anunciar el Evangelio a un pueblo que acaba de salir de la barbarie? El día de nuestra separación cuando nos dimos el último adiós sobre esta tierra, fue bien penoso para mí. Jamás, queridos padres, olvidaré lo que pasó en mi corazón, cuando os apretaba entre mis brazos por última vez. El sacrificio era grande sin duda, tanto por parte vuestra como por la mía, pero como lo hacíamos únicamente por la mayor gloria de Dios y la posible salvación de un gran número de almas hundidas en la impiedad y la herejía, sintámonos felices, queridos padres, no lamentemos nuestra perpetua separación sobre esta tierra de destierro, bendigamos al contrario la gran bondad de Dios por que se haya dignado escoger uno y quizás dos, de vuestros hijos para la gran obra apostólica de la conversión de los infieles.

Ya soy sacerdote, mis queridos padres, ya soy misionero, ya estoy por tanto en un país corrompido, idólatra. Qué grandes son mis obligaciones como sacerdote. Qué grande debe de ser mi celo como misionero. Qué pureza de costumbres, qué rectitud de juicio he de tener. Queridos padres, ¿quién soy yo, el que en mi infancia os causó tantos pesares a causa de su vida desordenada, el que no pudo cumplir como se debe con mis obligaciones de simple cristiano, cómo lo haré siendo sacerdote misionero? Ah, queridos padres, no olvidéis a este pobre sacerdote, que corre día y noche entre los volcanes de Sandwich buscando ovejas descarriadas, rueguen noche y día por mí, se lo suplico; hagan que recen otros, porque si Dios me retirara un instante su gracia, me verían al instante hundido en el mismo barro del que quiero sacar a los otros; pidan pues todos los días en sus fervientes oraciones la gracia de la perseverancia para mí, que estoy rodeado de tantos peligros. Si el Señor está conmigo, no tengo nada que temer y todo lo podré, como San Pablo, en aquel que me fortalece...

### 3. A su Provincial, Kohala, 18 julio 1866

"... Acabo de recibir hace unos momentos las planchas de madera y la pequeña caja que me habéis enviado.

Os mando por el mismo vapor cuatrocientos kilos de patatas. La superiora me había pedido 300 Kgs. de ellas. Así pueden repartirlas entre los dos. Más tarde, si lo desea, escribame y tendrá más. Son los cristianos de aquí quienes pagan por el auhau que les impuse el domingo pasado (cuatro piastras cada uno). Hay 8 pequeños sacos, haced que vayan a buscarlas rápidamente al mar (puerto). Devuélvame por favor, a vuelta de vapor, los 8 sacos vacíos porque no son míos y me vería obligado a pagarlos si no vuelven.

El buen hermano Calisto ha terminado la iglesia en el exterior y ahora trabaja por dentro. Pronto comenzará el altar. Si tiene un Cristo o un cuadro conveniente para colocar encima del altar, empiece a pensar en ello.

Un sagrario del estilo del que enviasteis a Puna, vendría muy bien. Otros ornamentos, como cuadros, cortinas, bordados y telas de altar, etc. serán recibidos con alegría. La superiora me ha prometido hacerme flores, etc.

Tengo suficientes ornamentos sacerdotales en Kohala, pero no tengo candeleros, ni siquiera en Vaipuka, que valgan algo. Si los tiene, no me olvide, se lo suplico. Por todas partes me piden manuales. El hermano Calisto me ha dicho que es cosa de Vds. el ordenarle si debe construir un pequeño campanario o no. Nosotros encontraríamos los cuatro pilares en la montaña. No me olvide, por favor, en el memento [de la Misa].

### 4. A su hermano Pánfilo, Kohala 22 diciembre 1866

"... He visto cómo pasaba todo un año sin recibir la menor noticia de Bélgica. Cuántas veces he creído encontrar alguna carta tuya en correos, pero nada. ¿Has, pues, olvidado a un hermano que piensa cada día en ti? Como quizás tu carta ha podido perderse en el camino, te perdono de corazón tu negligencia.

De un lado las tentaciones de los calvinistas, por otro los médicos brujos, después la inestabilidad de los matrimonios y en todo lugar la incontinenencia general y la pereza para ir a la oración, estas son las armas del infierno para hacer caer a los mismos elegidos.

Primeramente los calvinistas, muy superiores en número, con su sistema fanático, que disponen en lo material de todo cuanto puede influir, el tener establecimientos [escuelas] florecientes donde la élite de la juventud va a beber los venenos del fanatismo y de la herejía, dueños

de grandes azucareras donde los pobres van a trabajar en masa, tanto los cristianos como los otros, ricos y opulentos donde quiera que están establecidos. Todo esto, como puedes comprender, sería suficiente para apagar la llama de la fe que no está más que débilmente encendida.

En segundo lugar, las ideas de los antiguos tiempos atribuyendo a acciones mágicas todo cuanto sucede, hace que la idolatría continúe siempre ejerciendo su influencia, aún en aquellos que se creería que son buenos cristianos. Por ejemplo, supongamos que un cristiano cae enfermo. ¿Qué hacer? Se va a buscar un médico canaca que no conoce la medicina mejor que un perro. Busca la causa del mal, no en el enfermo mismo sino en acciones anteriores: ordinariamente, es una promesa incumplida, que atrae a una u otra antigua divinidad sobre el cuerpo del enfermo. Es ese dios llamado aumakua el que mata, poco a poco, al enfermo. Así es como el médico asusta al enfermo. Es necesario pues hacer inmediatamente un sacrificio que consiste en la inmolación de un cerdo o de una gallina, con una cierta libación embriagadora que el médico-sacerdote ofrece antes a tal o cual dios; después comen juntos.

En cuanto a la inestabilidad de los matrimonios, no te puedes hacer una idea lo que es eso. Estudia cuanto quieras a Sto. Tomás y a los más sabios teólogos, seguirás siempre ignorante sobre esta materia, hasta tanto no te encuentres por aquí metido en el ministerio, y todavía nuestros más antiguos misioneros dicen que no se puede andar más que a tuestas. El mayor número de matrimonios lejos de ser un obstáculo para la incontinencia, no hacen más que arrojar a los pobres desgraciados donde jamás el sacerdote, ni siquiera el Papa, podría absolverlos. Yo caso, por ejemplo, este año a dos jóvenes.. Viven juntos dos o tres meses en paz, después surge un pequeño conflicto. Ya están separados para siempre. Como ni el uno ni el otro pueden mantenerse en la continencia, cada uno por su parte busca con qué satisfacer la carne. Como la ley civil prohíbe el adulterio, son citados ante el juez, que castiga a cada uno con 150 francos de multa. Ya están reducidos de algún modo a la esclavitud por deuda. Después de largos años llega el tiempo en que obtienen del gobierno el documento de divorcio. Luego cada uno se casará por su parte lo mejor que pueda. Es inútil decirte que de estos matrimonios abominables no hay descendencia, lo que destruirá totalmente la generación canaca. No pienses sin embargo que todo el mundo abusa del sacramento del matrimonio, tal como te he contado aquí.

Así que, querido hermano, si no puedes venir tú mismo, prepararnos personas jóvenes robustas, virtuosas, con corazón caritativo e intrépido, que a su vez continuarán la obra de la salvación de las almas por aquí, porque si de momento no podemos satisfacer las necesidades, ¿que será esto después de que el Señor haya llamado a algunos de nosotros a la otra vida? Porque para nosotros, pobres misioneros, si no podemos

esperar un descanso durante esta vida, espero que llegado nuestro momento podamos encontrar al menos algunas horas de descanso para prepararnos a la hora terrible de la muerte, entre los brazos de un joven misionero que vosotros nos habréis formado para más tarde.

Mi querido hermano, al acabar esta larga carta, ¿qué puedo decirte para expresar el afecto de mi corazón hacia ti? ¿Dónde está el tiempo feliz en que vivíamos juntos bajo la tutela de nuestros padres y nuestros superiores?. Cuando íbamos juntos a la escuela de Werchter y a la universidad de Lovaina. Se ha pasado aquel tiempo feliz de la infancia y de la juventud. Hemos alcanzado la edad adulta, llamados por Dios a trabajar en la viña del Señor. Tú quizás en Europa, yo en las islas Sandwich. No importa, marchemos de frente en esta nuestra noble carrera, por todas partes con desgraciados que consolar, ignorantes que instruir, pecadores que convertir. Cuando celebremos el Santo Misterio de la Misa, tratemos de unirnos todos los días en Jesús y recemos el uno por el otro (...)"

#### **5. A su hermano Pánfilo, Kohala, 11 enero 1869**

(...) Has de saber que tenemos necesidad de algunos hombres sabios en nuestra misión, para la defensa pública de la Doctrina Católica, así como para convertirse en aspirantes a la mitra, etc. así que no pierdas la ilusión de llegar a ser misionero. Me he enterado con satisfacción de la prosperidad de tu noviciado: el gran número de tus novicios, sobre todo, me da la esperanza para nuestras queridas misiones de Oceanía que tienen tanta necesidad de santos sacerdotes.

Es una misión muy noble, mis Reverendos Padres, preparar jóvenes para la vida apostólica, porque tal como los forméis durante el noviciado, así serán en las misiones. Lo sé por experiencia y cuántas veces me he felicitado de haber pasado por las pruebas del noviciado de Lovaina. Así, en caso de necesidad, todavía sé quitarme la sotana para ponerme a trabajar en la construcción de las capillas. El año pasado, a pesar de mi gran pobreza y por no ser una carga excesiva a la misión, he tenido la felicidad de construir dos pequeñas iglesias de madera, como convienen para el país. Aunque no soy ebanista como el buen hermano Max, al menos me felicito por ser un bastante buen carpintero para construir mis capillas que probablemente no se habrían construido jamás de otro modo (...).

#### **6. A su familia, Kohala, 12 de octubre 1869**

(...) Las conversiones continúan siempre poco a poco, a pesar de que el demonio, los incrédulos y los herejes, hacen cuanto pueden por mantener a la gente alejada del camino del cielo. Nosotros debemos

combatir aquí contra los enemigos de la fe como los soldados contra los enemigos de la patria.

Continuad siempre, queridos padres, rezando por la conversión de los infieles, probablemente es a vuestras oraciones fervientes a las que debo la conversión de 40 o 50 paganos y herejes que he bautizado este año. El mejor medio de convertir nuestra plegaria en agradable a Dios es purificando a menudo nuestra conciencia en la confesión y viviendo siempre en el temor de Dios; pues de qué nos serviría ganar todo el universo si perdemos nuestra alma! Yo estoy a menudo expuesto a muchos peligros tanto para el alma como para el cuerpo en esta región infiel, pero sabiendo bien que no puedo hacer nada por mis propias fuerzas, pongo toda mi confianza en el Señor que me ha aceptado como su servidor y que me alimenta cada día con su Cuerpo y su Sangre en el Santo Sacrificio de la Misa.

Es para mí también una gran consolación celebrar a veces la Santa Misa por mis queridos padres, hermanos y hermanas (...).

## **7. A su hermano Pánfilo, Kohala, 2 septiembre 1870**

(...) Tu amable carta, datada en Versalles 1869, me llegó en el mes de enero. Me reponía justamente de una fiebre que no me había dejado más que la piel y los huesos. Tu paquete de cartas de la familia ha acelerado mi convalecencia. Desde entonces mi salud es buena aunque más sensible al mal tiempo. Gracias que ya no tengo que hacer, más que raramente, aquellos grandes viajes, como los hacía los cuatro primeros años de mi ministerio. En lugar de estar separado 40 o 50 leguas de cualquier hermano religioso, tengo ahora a una jornada de aquí al buen P. Gulstan que tomó tu plaza en la última expedición. Tenemos el consuelo de vernos todos los meses para confesarnos y consolarnos mutuamente. Aunque el misionero siente de un modo particular la asistencia de Dios, el corazón pide sin embargo esta especie de asistencia exterior de un hermano para hacer desaparecer las ideas negras que engendra el contacto diario con un mundo corrompido. De este modo los pocos días que estamos juntos, nuestros pulmones se dilatan por un exceso de bienestar. Después de eso nos sentimos de nuevo más fuertes para reanudar el santo ministerio.

Como te lo decía en la última carta del mes de octubre de 1869, continúo con el servicio de tres capillas en Kohala. Estamos en los preparativos para construir una cuarta. Entonces más o menos todos mis cristianos tendrán la ventaja de la presencia del sacerdote entre ellos un domingo al mes. Los otros domingos se reúnen ellos mismos para rezar las oraciones de la Santa Misa, que recitan todos juntos en voz alta, así como el rosario. El más instruido entre ellos hace una instrucción. Hay quienes son muy elocuentes predicando (...).